

BUEN HUMOR

40 CÉNTIMOS



- Yo creí que te casabas con Margarita.
—No pude. Se opuso toda la familia.
—Pero... ¿y Margarita?
—¿No ves que forma parte de la familia?...

Dib. TONO.—

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En todo tiempo debe us=
ted usar los maravillosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



FRANQUEZA

— ¡No, querido maestro; el otro día no pudimos oír el preludio de su poema lírico!
— ¿Llegaron ustedes tarde?...
— ¡No; es que nos fuimos demasiado pronto!

(De *Le Rire*, de Paris.)

15. — Una bailarina.

EN LA NAVAJA

PUEBLO ALMERIENSE

16. — Charada leñosa.

— Te empeñas en meter por ahí esa *dos-prima*, y es un disparate.
— Pues yo *dos-dos* siempre sin hacer caso, y me fué muy bien. Más valía que te curases esa *tres-prima*, en vez de meterte en lo que no te importa.
— Tú y toda tu familia fuisteis siempre una *todo* de descarados.

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
VIUDA DE CELESTINO SOLANO
Primera marca mundial. LOGROÑO

17. — Estropajoso.

: ALUMBRAMIENTO

18. — Famoso por su criba.

NOTA
NAIPE
T
N N N N

19. — De la flamenquería.

— ¿Qué te *segunda* por ese oficio?
— Por quitar el *prima-tercia* de los jardines, tres pesetas.
— ¿Y tienes alguna gabela más?
— Sí; la señorita es muy *cañí*, y de cuando en cuando me gratifica si la interpreto el *todo* de Cádiz.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 101.

20. — Lagunas.

Rafael Gómez Ortega

¿QUÉ HACE OFELIA NIETO?

¿Saben por qué Narcisín está tan bien en El pibe? Porque usa al salir a escena Licor del Polo de Orive.

21. — De confitería.

DINERO CHULO

LISA

22. — ¡Qué bien están con él las señoras!

CABALLO A TRES TORRE DAMA

500 ORIENTE 100

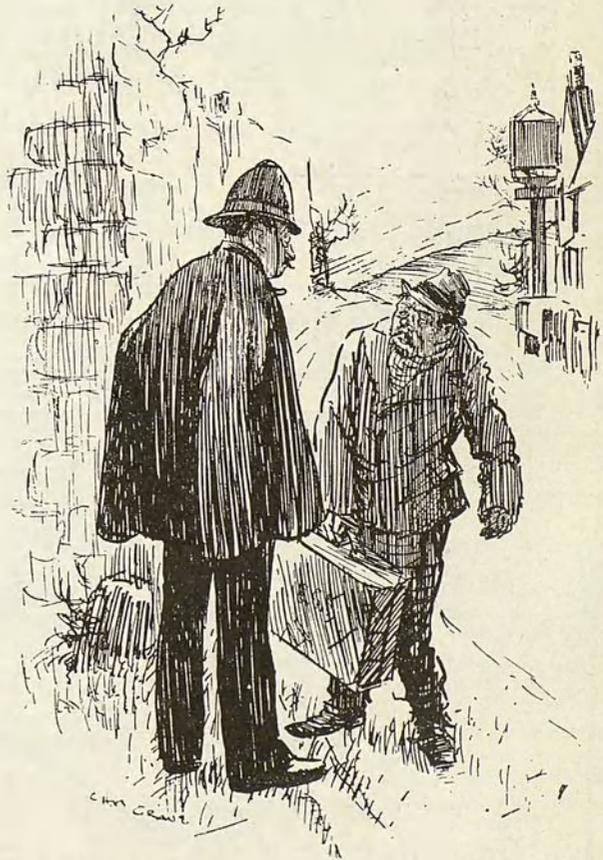
LA QUE TIENE LAS LLAVES

CUPÓN

correspondiente al número 103 de

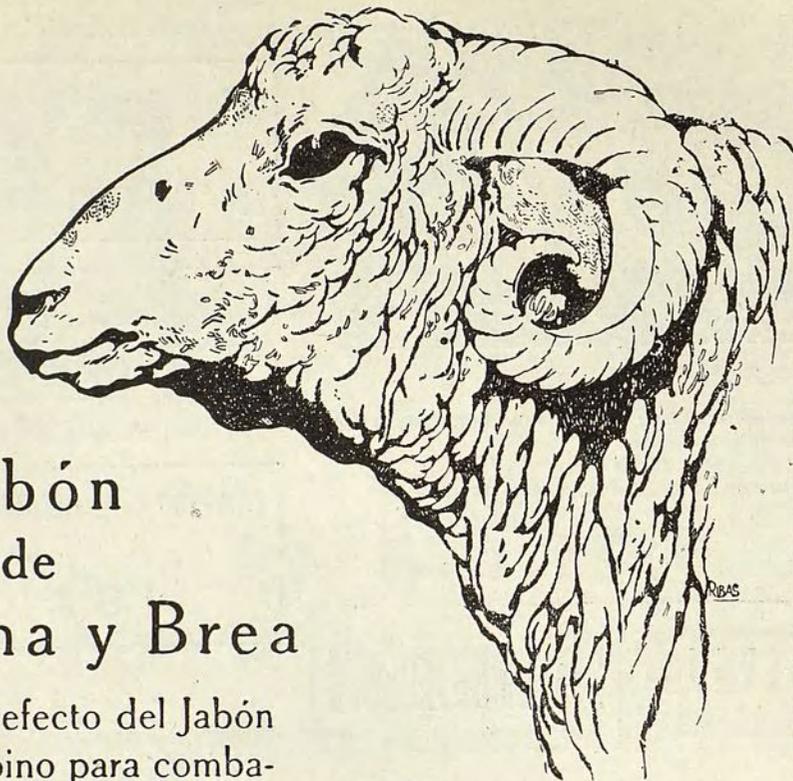
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



— Oiga, ¿qué hay en esa maleta?
— ¡A decir verdad, no lo sé; no la he abierto todavía!...

(Del *Punch*, de Londres.)



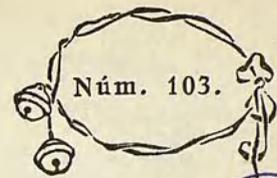
Jabón de Lanolina y Brea

El saludable efecto del Jabón de Brea de pino para combatir las irritaciones de la piel, se acrecienta extraordinariamente con la adición de la Lanolina ó grasa purificada de la lana. Nuestro jabón neutro de Lanolina y Brea ha desterrado el uso del jabón ordinario de brea mineral.

Perfumeria Gal

De venta en todas las
Droguerías, Farmacias y
Perfumerías de España.





DEL "CARNET" DE UN NEURASTÉNICO

MI PEQUEÑA AVENTURA



LECTOR, ¿has presenciado alguna vez un suicidio? Seguramente, no; es muy difícil llegar a tiempo a esta clase de espectáculos; parece mentira, pero es así.

Es muy raro sorprender el momento crítico en el cual el suicida realiza su voluntad. Sin embargo, yo, querido lector, he tenido la suerte, buena o mala, de ver a un suicida en el momento más interesante; y es más, he conversado con él minutos antes de que se arrojara al espacio.

Como comprendo, lector, que he despertado tu curiosidad, voy a relatarte cómo fué. Serían entre las dos y las tres de la madrugada: yo me dirigía hacia mi casa. Una niebla bastante espesa me obligaba a ir despacio, temeroso de un tropiezo; tarareando un cuplé procuraba distraerme. Para llegar a mi casa tenía que atravesar el viaducto, y aquí, querido lector, empieza ya mi pequeña aventura. Cuando llegaba a la mitad del viaducto, me pareció ver un bulto que gateaba por la barandilla. Me paré un momento para observar mejor: sí, efectivamente, un hombre, a pocos pasos de mí, intentaba saltar al espacio; no necesité de muchas reflexiones para suponer que era un suicida, y mentalmente me alegré del encuentro: esto es siempre algo interesante. Hacía ya mucho tiempo que una de mis ilusiones era presenciar un suicidio, y, ¡oh dioses!, la ocasión se presentaba.

Paso a paso, temeroso de que se arrepintiera si me veía, me acerqué al suicida. Debí verme o sentirme, pues, volviendo bruscamente la cabeza, se descolgó de la barandilla y esperó mi llegada.

Me acerqué a él, y poniéndole una mano sobre un hombro, cariñosamente le interpele:

— ¿Qué, os suicidabais?...

Baluceó unas palabras, y luego, con acento algo lastimero, me dió a entender que, siéndole imposible la vida, se iba a suicidar, cuando yo llegué.

Al principio, un poco excitado, sus palabras eran confusas; mas se fué calmando y acabó hablándome con perfecta tranquilidad. Terminó diciéndome que tenía hambre. Al oír esto, busqué febrilmente en mis bolsillos algo que sirviera para calmársela; buscaba con el ansia de un hombre que quiere realizar una buena acción y ve serias dificultades para ello.

El suicida me miraba algo extrañado: quizás me creía un loco. Por fin, tras

rudas pesquisas, conseguí dar con un pitillo obsequio de un amigo (yo no fumo), y con gesto triunfal se lo ofrecí.

El suicida me miró, miró al pitillo y volvió a mirarme sin comprender nada. Le dije que el fumar quizás amortiguara el hambre, y entonces me entendió. Encendió y empezó a fumar con delectación impropia de un suicida.

Yo le dejaba hacer; comprendí que era muy justo que quisiera ir a la muerte con la menor cantidad de hambre posible. Pero noté con disgusto que, a medida que fumaba, parecía reintegrarse a la vida. Esto me sobresaltó. ¿Perdería el espectáculo? Callé y esperé.

Acabó el cigarro, y abrochándose la americana (iba a cuerpo), inició un movimiento de despedida; pero yo, indignado, le detuve:

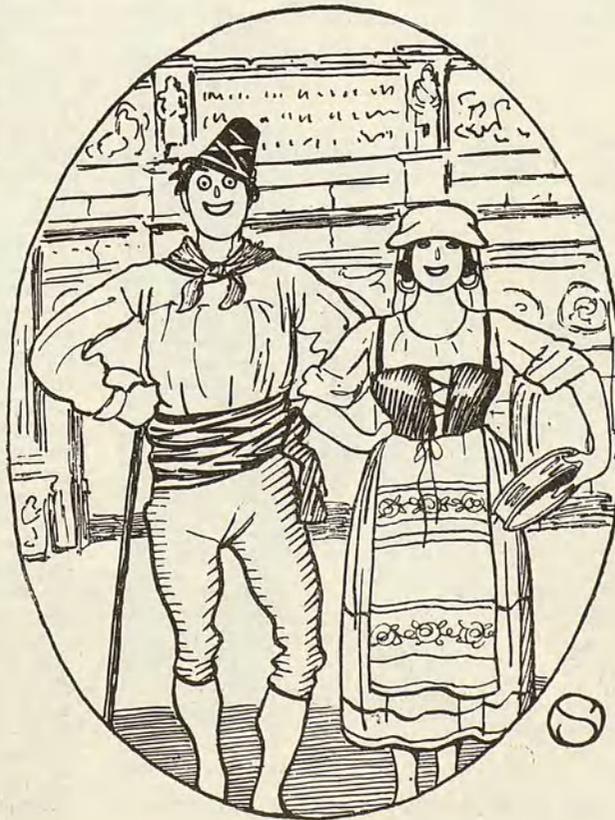
— ¿Cómo, no os suicidáis? ¿De modo que estoy esperando a que acabéis ese pitillo, prueba de mi amor al prójimo, para veros suicidar y daros fraternalmente el último adiós, y ahora resulta que queréis privarme de este espectáculo?

— Señor — me contestó —, es que ya no me siento con fuerzas para el suicidio. Ese pitillo que me habéis dado me ha devuelto la idea de la vida.

— Entonces, ¿no sois un hombre ecuánime? — repuse con creciente indignación —. ¿Vais a volveros a esa vida que os ha rechazado tan duramente? ¿Vais a lanzaros de nuevo a la lucha, para que dentro de pocos días, derrotado, volváis a este mismo sitio?

El suicida callaba. Proseguí:

— ¿De modo que me atraéis, apartándome de mi camino, para esto? ¿Me habéis seducido con la idea de un bello espectáculo, para que luego, tranquilamente, me digáis: «Ya no me suicido»? No; esto no puede ser — añadí dándole suaves golpecitos en la espal-



Dib. SILENO. — Madrid.

da —. Considerad, amigo mío, que esto no es noble.

El suicida, recostado en la verja, seguía silencioso.

— Vamos, querido, ¿qué decís?...

Pareció despertar. Me miró con ojos un poco extraviados, y tras un suspiro exclamó:

— ¡Oh!... Si yo tuviera siquiera quin-ce pesetas...

Salté indignado. ¡Qué falta le hacía el dinerol ¡A un suicidal... Bruscamente me eché mano al bolsillo; por casualidad llevaba dinero. Saqué hasta diez y seis pesetas, las apilé y formé con ellas una brillante y linda columna, que relucía en la palma de mi mano derecha.

El suicida, al ver aquellas relucientes monedas tan artísticamente colocadas, se enderezó, se estremeció un poco. Creo que se emocionó algo: casi podría afirmarlo.

— ¿Y para qué queréis el dinero? — proseguí yo implacable —. ¿Qué ibais a hacer con estas pesetas? Nada, absolutamente nada. Es decir, voy a deciros lo que haríais con ellas. Escuchadme, pues:

»Al veros con estas pesetas, lo primero que pensaríais sería en comer. ¿Y un individuo como vos, que lleva casi tres días sin comer, iba a contentarse con una insignificante tortilla o un simple cocido? No. Sin decidiros a gastaros el dinero, os pasearíais por las calles pensando en el mejor *menu*; pero sin atreveros a gastar una buena parte de estas pesetas en una sola comida. De vez en cuando, un café o un restaurante se pre-

sentarían ante vos; veríais a la gente comer glotonamente a través de los cristales, glotonería que se acentuaría y llegaría hasta el refinamiento si vieran que con vuestro aspecto raído les contemplabais. Seguiríais errando por las calles; de vez en cuando, un tufillo de cocina llegaría a vuestras narices, e hiriendo a vuestro estómago, lanzaría a vuestra imaginación en un mar de filetes y patatas fritas; veríais interminables filas de mesitas, con sus lindos manteles, sus cubiertos y un pequeño florero, en el que se recostaría indolente la listilla de los platos. Por fin, no podríais resistir más y entraríais en cualquier restaurante, taconeando fuerte, como el hombre que está seguro de poder satisfacer sus necesidades y caprichos.

»Buscaríais con la vista la mesa más solitaria para gozar a vuestras anchas; daríais alegres palmadas; no os decidiríais por ningún plato, y comeríais lo que os indicara el camarero; ¡pero comeríais! Y bien: no tenéis el aspecto de un Brillat Savarin, y con una comida de diez pesetas quedaríais satisfecho. Una vez comido, notaríais que os faltaba algo y pediríais un puro. Un dulce bien-estar os invadiría, os llenaríais de suave optimismo, el mañana sería olvidado; cuando se come bien, no se piensa en nada. Confiaríais, sugestionado por los placeres de la digestión, en una débil esperanza, en una promesa, en una quimera, o, sencillamente, en vuestra suerte.

»Daríais un pequeño paseo de bur-

gués; al regreso, el cartel de un teatro os detendría. Las cinco pesetas que os que darían os molestaban ya, no sabríais en qué gastarlas; pero he aquí que un teatro os detiene y atrae. Una sección de teatro es digno remate de una buena comida, y sin pensar más, entraríais. ¡Bah! Un día es un día, ¿verdad?

»A la salida del teatro, cuando aun resonaran las últimas palabras en vuestros oídos, la realidad os sacudiría y despertaría un poco rudamente, y otra vez vuelta a empezar. Resistiríais el hambre unos días; luego, fatalmente, llegaríais de nuevo aquí. ¿Comprenderéis?... Entonces no tendríais un amigo como yo que, cariñoso, os diera el último adiós. ¿Qué, queréis las diez y seis pesetas?»

Se las alargué; no las tomó. Estaba convencido.

Balbuicó:

— Señor..., me habéis convencido... Tenéis razón, no hay más remedio...

— No esperaba menos de vos. Veo que sois un suicida razonable. Esperad — añadí viéndole hacer esfuerzos inútiles para gatear por los hierros —; estáis un poco débil; apoyaos en esta pierna: a la una, a las dos y a las... tres.

Y en un esfuerzo final, el suicida quedó a horcajadas sobre la verja.

— ¡Vaya, buen hombre, alegrad esa cara algo; no es para tanto la cosa; ya me veis a mí, que no me apuro por nada.

Le contemplé todavía unos momentos. Sonreí satisfecho. ¡Por fin iba a satisfacer una de mis mayores ilusiones!

Reinó el silencio. La niebla nos envolvía. El suicida miró hacia el fondo, luego volvió su cara, en la que brillaba una galante sonrisa, y alargándome la mano derecha exclamó:

— Hasta la vista; he tenido tanto gusto... Servidor de usted.

Nos estrechamos las manos.

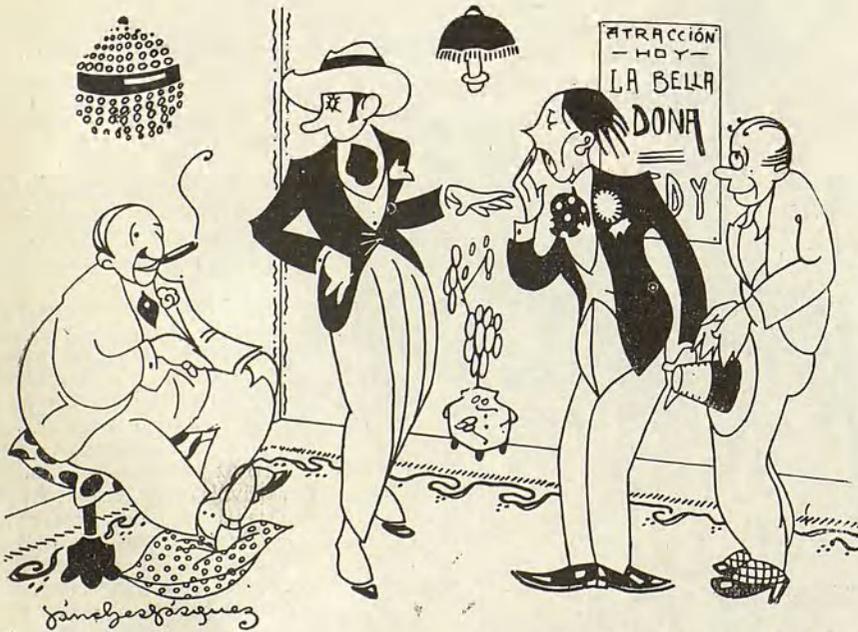
Yo le contemplaba. Lentamente, muy lentamente, temiendo engancharse el viejo pantalón en los hierros, el suicida pasó la otra pierna al vacío. Me miró y sonrió por última vez; luego se levantó un poquito, y afianzándose sobre los talones, se inclinó hacia adelante. Cayó con las manos extendidas. Dió una voltereta, luego otra, después... No vi más que un bulto que se hundía en la niebla... Se perdió de vista. Escuché... Un golpe se dejó oír; después, nada.

Una sonrisa de desilusión debió brillar en mi rostro: no estaba satisfecho. Yo creí que el suicidio era algo más interesante, algo más estético; en fin, un algo que yo no acertaba a explicarme.

El frío se dejaba sentir. Me abroché el abrigo y eché a andar tarareando el cuplé que había suspendido al verificarse el encuentro.

Poco a poco el cuplé y yo nos fuimos perdiendo entre la niebla; detrás de nos otros, el silencio...

MANUEL LÓPEZ REY



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Le presento a usted al baritono señor Pérez, que canta admirablemente, y al notable artista señor Ruiz, que baila colosalmente.

— ¡Hombre!... ¡Yo que creía que el que cantaba era el Ruiz señor!...

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL DESENCANTO DE LA LOTERÍA

La lotería, como el más lento de todos los juegos lentos en que se pierde mucho tiempo barajando y dando las cartas, es un juego que da más ilusiones que ningún otro, menos probabilidades de ganancia y más contingente de desengaños.

En otros juegos, al saltar la bola sobre la ruleta desbocada, o al alargarnos las cartas el banquero, decimos solamente, porque no nos da tiempo a más:

— ¡Si yo ganara!...

La alegría o el desengaño llegan en seguida, y se suceden con terrible frecuencia en el espacio de una hora; pero en la lotería...

En la lotería, desde que un señor compra un billete, hasta que, días después, la lista grande trae los números premiados, hay demasiado tiempo para las ilusiones, que son excesivamente rápidas.

— Si me tocara la lotería... compraría una casita en la sierra..., o acciones de ferrocarriles..., o quizás, y será mejor, meteré en el Banco unos cuantos miles para darme el gusto de cortar el cupón... También me compraré un gabán de pieles... ¡Tengo tantas ganas de un gabán de pieles! Y compraré nuevos los muebles del despacho, que ya están muy estropeados... También podría comprar un Ford. ¿Qué será mejor, un Ford, o un gabán de pieles? Porque son dos cosas incompatibles, entre las que hay que decidirse de un modo terminante. No se puede ir en un Ford con gabán de pieles... Le compraré una joya a Cecilia..., unos pendientes... ¿Qué más? ¡Ah, sí! Haré un viaje... El caso es que, a lo peor, no me toca más que un premio chico, de unos cuantos duros... Entonces, llevaré un día al circo a los chicos, o le compraré a Cecilia un chaleco de punto de lana que me ha pedido hace varios días...

Así, de arriba para abajo y de abajo para arriba otra vez; de los premios más gordos a los premios más irrisorios, siempre habrá cosas que comprar e ilusiones que satisfacer.

Por tanto, el desencanto es mucho mayor.

Los días de sorteo, las voces de los vendedores de listas rompen la ansiedad de la mañana con la alegría de sus voces y de sus hojas volanderas; pero la tarde del día del sorteo es triste siempre, porque flota en ella la tristeza de los desencantos, y se oye por todas partes el resignado «¡Otra vez será!...», que es un suspiro.

Ya he dicho en otra ocasión que la lotería no toca nunca; y es así, porque quiero librar a los hombres de ese vicio estéril, de esas pesetas que se arañan del presupuesto de la casa para com-

prar con ellas un papel con un número que nunca coincide con los de la lista.

Los números premiados de la lista son los que no se han vendido a caso hecho, y que luego se entregan a un paniaguado para que haga el paripé de retratarse en los periódicos de poseedor del primer premio.

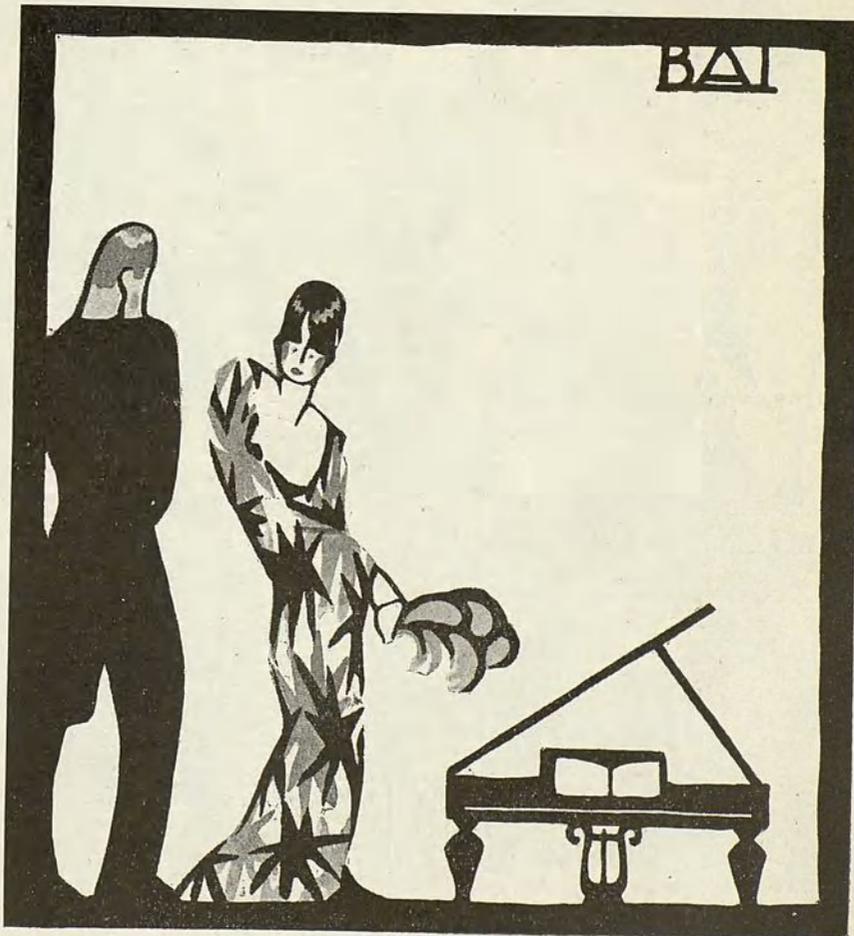
Los que se abonan a un número saben mejor que nadie, porque acaban por convencerse, que ese número no toca nunca, y que no entra en el bombo nunca más desde que se tiene noticia del abono en la Dirección General del Tesoro Público.

Si se quiere ver claramente el montón de los desencantos de la lotería, si mis palabras no llegan a convencer, que me temo que no lleguen nunca, no hay más que pasar por una lotería el día que se

pongan a la puerta las listas oficiales del sorteo. Debajo de las listas hay un montón de décimos rotos de los que han ido a confrontarla y han salido defraudados.

Ese es el montoncito de los desencantos de la lotería, cuya altura es fácil de medir, y a la que hay que sumar los montoncitos de todas las loterías de España, que aquella noche, al cerrar, aventta el lotero con una sonrisa enigmática, para volver a su trastienda a calentarse en su brasero, que encendemos todas las mañanas los españoles con una pequeña parte del dinero que se gasta en los décimos, y que no hay manera de recompensar, aunque se coloquen los décimos debajo de las penas de todos los santos.

José LÓPEZ RUBIO



Dib. BAI. — Madrid.

— ¿Y los invitados al concierto, maestro?
— Pues verá usted: es que me he puesto a ejecutar una fuga, de Bach, y empezar la fuga y marcharse el público ha sido simultáneo

HONRAS FÚNEBRES

CUENTO
ANDALUZ

Joselito Macarrón gozaba fama en toda la Macarena de mal mario.

Su pobresita Dolores no tenía sitio sin cardenal en todo su gitanísimo cuerpo.

Joselito Macarrón tenía en su casa tres bastones cimbreantes, en los que había hecho grabar a fuego las siguientes palabras: «Economía», «Limpieza», «Silencio».

Y verán ustedes.

Llegaba a su casa nuestro hombre. Dolorcita le decía que, de los dos duros que le dejó el lunes, no poseía más que tres reales, y Macarrón, diciendo «¡En esta casa *hase farta economía!*»,

cogía el bastón señalado con el letrero, y los gritos de Dolores se oían en la alameda de Hércules. En seguida, para cortar el escándalo, pensaba Macarrón: «¡Aquí *hase farta silencio!*»; y dejando el palo de la economía, agarraba el del silencio; y si al vapulear a su costilla descubría poca blancura en sus ropas interiores, exclamaba: «¡Joroba, también *hase farta aquí limpieza!*» Y esgrimiendo el bastoncito correspondiente, se le dormía el brazo.

Pero no, no murió Dolores, por fortuna, de una paliza. Dios la envió unas *calenturillas de na* y se la llevó a descansar para siempre.

Y aquí de las angustias de Macarrón. Las vecinas murmuraban que la había matao a palos; y como a él le convenía desvanecer toda sospecha, en cuanto la dejó amortajada se fue a la parroquia y se avistó con el cura.

— Aquí me tiene usté, señó cura — empezó diciendo, mientras que por su cebrero rostro corrían dos lágrimas del tamaño de dos huevos — ¡Palmó mi pobresita Dolores!... ¡La lu de mis ojos, que m'ha dejao a oscuras!... ¡Mi compañerita del armal!... ¡Er so, la luna y las estrellas!... ¡Er to pa mí!... ¡Ay, señó cura de mi víal!...

— ¡Cálmate, Macarrón, cálmate!

— Es que yo he sío mu indinísimo con ella, padre. ¡Un Júal!... ¡Un Pilato traisionero!... ¡Un verduguísimo sinvergónson!... Y anda disiendo la gente que yo la he matao, y ¡eso, nol!... ¡Yo le juro a usté por los güesos de tos sus difuntos de usté!...

— No jures, Macarrón, no jures. Te creo.

— ¡Yo no he sío, padre cura, yo no he sío! Parmó, como tos tenemos que parmá, y usté er primero.

— Está bien, está bien. Di, ¿qué quieres?

— Pos lo que yo quiero es que mi pobresita Dolores no se vaya a la sepultura como un gato, y aquí tiene usté, don Ramón de mi arma, tos mis ajorros. ¡Tres mil reales y dos duros!... Yo quiero que se le digan treinta misas.

— Se le dirán, Macarrón.

— Quiero que vaigan ar funerá tos los curas de Sevilla.

— Irán.

— Si puede ir el arsobispo, que vaiga.

— Se andarán los pasos.

— Música quiero en el entierro de la pobre.

— Habrá música.

— Y que suene el órgano en la iglesia...

— Habrá órgano.

— Toas las velas que se puean juntá, quiero yo que ardan ese día.

— Arderá la cera que se te antoje.

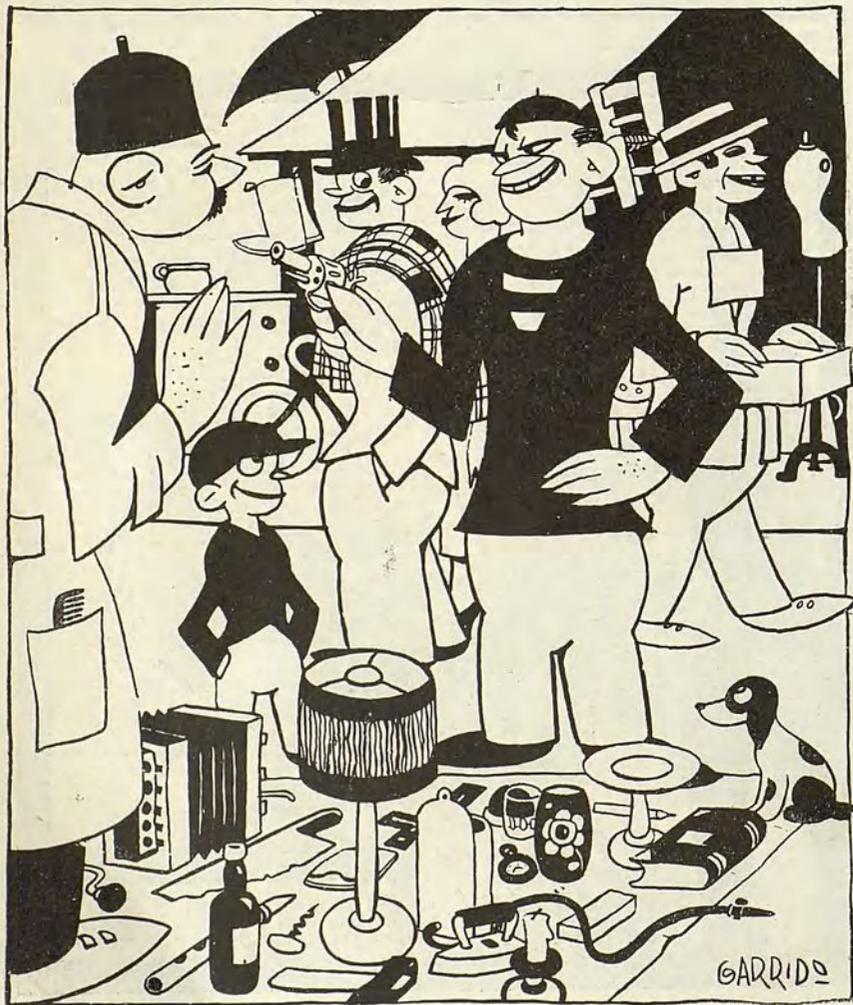
— ¡Pobresita Dolores de mi armal! ¡Si usté la viera, padre cura!... ¡No semos naidel!... ¡Parese mentira lo que defegura la jerraúra de la muertel!... ¡Qué boca tan torsial!... ¡Qué nari más afilá!... ¡Qué coló de pajuela!...

— ¡Conformidad, conformidad, no llores!...

Y el campanero, que oía la conversación, le preguntó al gitano:

— Oye, Macarrón, ¿se dobla?

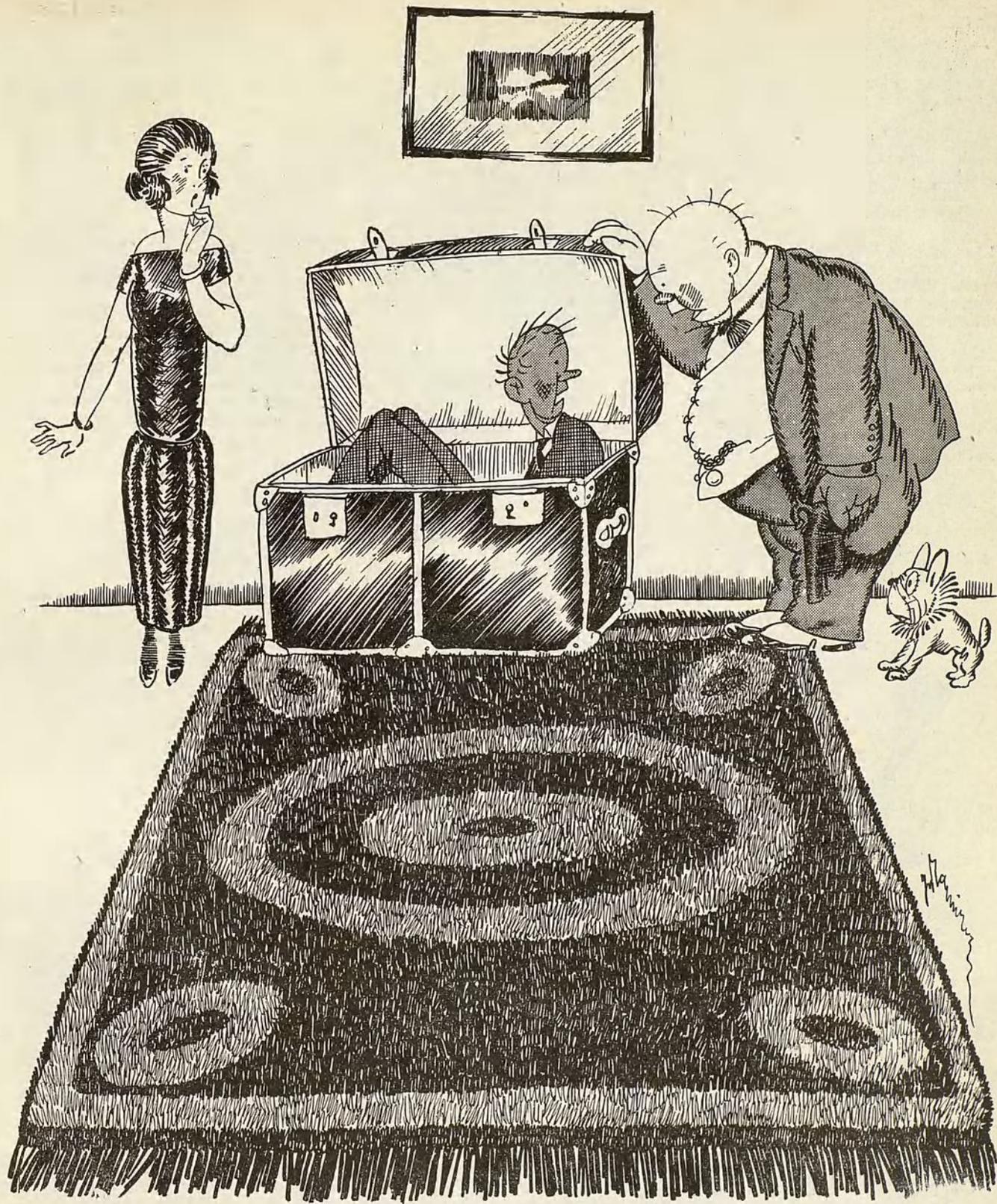
— ¡¡Qué se va a doblá, con lo tiesa que s'ha quedaol!



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¿Me compra usted este cacharro?... Le advierto a usted que está casi nuevo... ¡No lo he usado más que tres o cuatro veces!...

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— Salga usted, caballero... ¡Los dos
no cabemos en este mundol...

RAMONISMO

PELUQUINES Y PELUCAS

El escaparate de los peluqueros tiene, para el revisador de la vida, encantos de gran guñol. Ellas son como Marías Antonietas cortadas por la cintura, y ellos son caballeros donjuanescos, que no quieren envejecer y necesitan asomarse al balcón de sus palcos con suficientes cabellos.

A veces, cuando tienen barba, se establece una relación entre ellos y las decapitadas muñecas de cera, siendo como los Landrús que las descuartizaron. Con sus persuasivas barbas y su



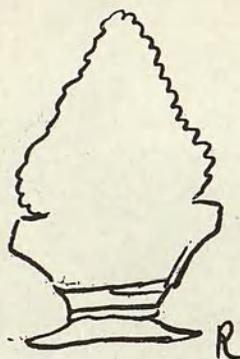
gesto faraónico se llevaron tras de sí a las preciosas mujeres de los peinados refrescados, día tras día, por la cuidadosa mano del peluquero, que puso sobre su oreja ese rizo que se llama *acrocche-cœur*, y que, como su nombre indica, prende los corazones sin remisión.

La calle que cuenta con una peluquería de señoras es la que más sabe lo que significa contar con esa vecindad afable y expresiva. Todo el trecho de ese escaparate está lleno de «buenos días» durante las primeras horas de la mañana.

Eleva el espíritu de la calle; le rehace el ver cómo los maniqués resucitan al nuevo día con sus ondulaciones Marcel, perfectamente satinadas y como bruñidas en lo rubio.

Dan ánimos estos escaparates de peluquería, y muchas veces de infundado, pero penetrante pesimismo; el pararme un largo rato frente a ellos me ha hecho

reanudar recomfortado el camino por la vida. ¡Qué grato, también, encontrarlos junto a la esquina en que hay que esperar! Ahora son más extáticos. Antes



se movían sus bustos, y unas veces era ella la que se daba una vueltecita sobre un eje mostrando el encanto acaracolado de su peinado sobre la nuca, y otras



era el bisoñé de ellos, que se levantaba sobre su calva, mostrando la diferencia de juventud y prestancia que había entre el caballero con bisoñé y el que luce la calva.

Repone de la crudeza de la calle el asomarse a estos escaparates en que parece anunciarse una interior barraca interesantísima.

Esas novias de todos de los escaparates de peluquerías de señoras disuaden de la añagaza de la boda. Con sus antiguos coqueteos nos distraen del reciente engatusamiento.

Amigas antiguas, siempre en su tertulia descabezada, y como en la sobre-



mesa de su escaparate, nos ofrecen su belleza fiel y esa especie de consejo cartomántico que se desprende de mirarlas y consultarlas un rato largo.

Pero sus días solemnes son los días de Carnaval, días en que se espolvorean el pelo, en que se ponen las pelucas blancas de damas de la corte del Rey Sol, y en que se encrestan con las mariposas rutilantes y los plumerillos hechos con pelos de luna o pitimínies de estrella.

Los escaparates de peluquería de señoras son los altares de unos señores altos, renegridos, con la nariz un poco roja, viudos inconsolables y extasiados, que sólo hallan cierto consuelo en pararse frente a estos escaparates, como oasis para los hombres a los que no hace caso ninguna mujer.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

AMARGUISIMOS QUEJIDOS DEL VECINDARIO

Inauguramos hoy con todas nuestras fuerzas y con una satisfacción que traspasa los límites de lo natural la presente sección, en la que pensamos dar cabida a todas las quejas, amargas y dulces, gordas y frescas, que tengan a bien exponernos los lectores de Madrid, provincias, extranjero, regiones polares y Fuenlabrada. Nuestro fastuoso colega *Heraldo de Madrid*, con su impecable y acreditada *Voz de la calle*, es el que nos ha metido en ganas y en este fregado, y confiamos en que la sección que hoy abrimos al público tendrá un éxito bastante mayor que las estocadas de Lalanda y que las romanzas de Sagi-Barba, que, dicho sea de paso, ya no es más que Sagi-Perilla.

Y una vez que hemos esculpido el precedente desahogo, porque de alguna manera habíamos de empezar, pasamos, con permiso de ustedes, a transcribir las diversas quejas, reclamaciones, protestas, denuncias y tal que hasta la fecha hemos recibido.

Son las que siguen:

PERRO MOLESTO

Señor director de BUEN HUMOR.

Muy señor mío y desconocido amigo:

En nombre mío y en el de varios pacíficos vecinos de la calle del Amparo (números 7 al 128), me permito distraerle de sus desocupaciones habituales para hacerle presente nuestra indignación contra un carpintero de la mencionada vía, que se trae unos humos para encender el brasero en el que calienta la cola, que cada día nos vemos más negros los vecinos, aparte de hacernos cisco los riñones de las toses que nos dan.

No es esto sólo, sino que el susodicho artífice del ramo de la madera posee un can de raza indeterminada, que se pasa las noches ladrando a la luna, haciéndonos pasar unos desvelos que no los pasaríamos mayores si fuese hijo nuestro y tuviéramos que atender a su educación.

Urge, pues, que, por quien corresponda, se pongan los medios para que el perro no ladre y para que su amo deje de menear la cola.

Suyo afectísimo, — *Blas Pra Prats*.

DEMANDA JUSTÍSIMA

Señor director de BUEN HUMOR.

Apreciable amigo y correligionario:

Con motivo de las obras que se están realizando en el adoquinado de la plaza de las Descalzas, y que se verifican de noche para no entorpecer le circulación, hace días que están teniendo lugar lamentables escenas, que dicen muy poco en favor de nuestras buenas costumbres,

cultura y demás. Los peones que llevan a cabo las obras, aprovechando la ausencia del capataz, suelen adornarse con unas borracheras magnas e indescriptibles, cantar a grito pelado a las tres de la madrugada y entregarse al baile con épico furor desde las tres y media en adelante.

¿Es lícito que a los vecinos se nos obligue a abandonar el lechó por no poder pegar los ojos ni con sindetikón, para tener que contemplar con mansa resignación cómo bailan catorce peones en medio de la calle?

Trasladamos la pregunta al comisario del distrito.

Suyo hasta la muerte, — *Un empleado que tiene que madrugar*.

CONTRA UN ABUSO

Indestructible director de BUEN HUMOR.

Muy distinguido señor mío y acaudalado prócer:

Como viajero habitual del Metropolitano, acudo a usted en queja por un incidente que pudo ayer costarme la vida.

Yo abono todos los días mis quince céntimos, y ésta es la hora en que todavía no he podido sentarme una sola vez en un vagón. Pues bien: ayer (a causa de dolerme mucho los callos) protesté ante un empleado, diciéndole que yo necesitaba tener un asiento a toda costa. ¿Y sabe usted lo que me contestó? ¡Que si quería tener un asiento, que me comiera unas judías en la taberna de Asprón!

Este ex abrupto merece un correctivo;

y estoy decidido, si no se pone remedio a lo que nos sucede a los vecinos de los Cuatro Caminos, a irme a quejar en seguida.

Y con gracias anticipadas por la publicación de esta queja, se despide de usted, — *A. Dios*.

UN TAHONERO IRREDUCTIBLE

Risueño señor director de BUEN HUMOR.

Respetable señor mío y paisano (suponiendo que no sea usted militar):

Quiero denunciar desde las columnas de su periódico a un inmundo tahonero del paseo de los Ocho Hilos, número 387, que se dedica a hablar mal del Directorio, diciendo, entre otras cosas, que ya se está poniendo muy pesado.

Y digo yo: ¿No convendría demostrar a ese tahonero que el que se tiene que poner pesado es el pan que se fabrica en su casa?

A no ser que acepte una solución que yo propongo para resolver el problema del pan.

Y es la siguiente:

Que se permita a los tahoneros vender el pan nuestro de cada día en kilos de setecientos gramos; pero que se autorice al público a pagar en pesetas de setenta céntimos.

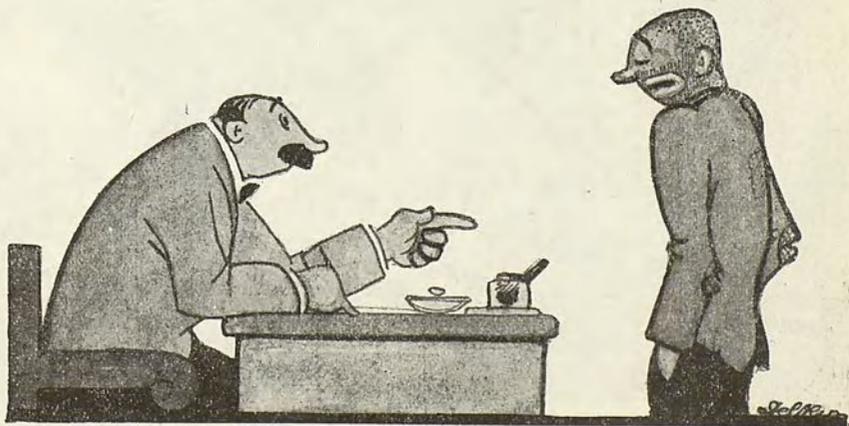
Creo que esto sería lo mejor.

Y el pan, como de costumbre, sería lo peor.

Suyo de corazón, — *Pío Pons*.

Por la publicación de las quejas,

ERNESTO POLO



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

— ¿Cómo se atrevió usted a llevarse los cien kilos de plomo para venderlo en el Rastro?

— ¡Ya ve usted, señor juez!... ¡Pues lo hice en un momento de debilidad!..

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN MAL PASO DE DON JUAN

De todos los sucesos teatrales de la semana, lo que más descuella es el incidente acaecido en Vigo a la primera actriz Antonia Herrero. Es lamentable y es cómico al mismo tiempo.

La Sra. Herrero, con la ingenuidad y el candor en ella característicos, interpretaba fielmente el papel de doña Inés... Ponía en sus frases los más dulces acentos de enamorada; había en toda ella un temblor de emociones indefinibles. Se desmayó conforme ordena la acotación del *Tenorio*. ¡Qué suave languidez de nardo tronchado puso en su desmayo!

Don Juan — no recordamos bien si don Juan era el Sr. Valentí o el Sr. Vargas, pero creemos que el papel le sentaba a las mil maravillas al primero — intentó la fuga, o más bien, el rapto.

Seguía el público con excepcional interés las incidencias del acto.

— ¡Que se la lleve!
— ¡Que no se la lleve!

— ¿Cuánto nos apostamos?
— Ese hombre no tiene arrestos bastantes para cargar con ella y escapar veloz...

El artista fué a cumplir su gallardo cometido... Hizo un esfuerzo, que resultó vano. Otro. Otro más.

El cuerpo inanimado de doña Inés presentaba, insospechadas dificultades para el transporte... Hizo un supremo esfuerzo, enrojecido el rostro, sudorosas las sienes, a punto de despegarse barbas y bigotes... Se hizo, al fin, don Juan con la preciosa y pesadísima carga, aun a costa de perder la línea; eran las piernas del galán un compás abierto hasta lo inverosímil.

Hubo un gesto de renunciación y de impotencia al convencerse de que no podía avanzar un solo paso... Lo intentó de nuevo, dió un absurdo traspies..., ¡y allá fueron rodando por escena actriz y actor, entre el asombro y el regocijo del público!

La Sra. Herrero resultó lesionada en

las manos y en las rodillas; el telón vino abajo vertiginosamente...

Después hemos recibido un telegrama de Antonia, en el que nos rogaba dijéramos que el accidente no fué, por fortuna, grave...

¡No lo sería para ella!

Para el don Juan debe de haber sido un accidente mortal...

EL AMOR NO SE RÍE

Felipe Sassone ha estrenado la semana anterior en el teatro de Eslava una comedia que titula *El amor no se ríe*. No he de intentar explicar la teoría de Sassone, que se exterioriza en el título, y que todos conocemos desde nuestras más tiernas infancias. También se expone la misma teoría en un cantable popularísimo de *Doña Francisquita*, y que reza así:

«Siempre es el amor travieso,
y hace suspirar por eso...»

Nosotros no insistimos «por eso»; aunque sí queremos hacer notar algo digno de mención.

Los protagonistas son: una niña *bien*, de ésas que ahora salen en las comedias, y un profesor veterinario. Se ven, se aman, se casan..., y a otra cosa. Todo se desliza en una mezcla humorístico-madrigalesca que regocija al auditorio.

Peró ¡por Dios! Hay un momento, una frase, que no podemos dejar que pase sin protesta.

El galán acaba de leer poco menos que su cédula, y dice su nombre, su edad, su estado, su naturaleza y su profesión: veterinario. Esto no tendría nada de extraño, si, a continuación de decir que es veterinario, no añadiese ..

— Yo no la trato a usted; pero la he reconocido...

Absurdo, tremendo, horriso.

¿Veterinario y la ha reconocido?

Sólo con este pequeño detalle bastaría para deshacer el matrimonio en proyecto y para que los padres de la señorita arrojasen por las escaleras al atrevido.

¡No vale injuriar, caballeros!

NOVEDADES

No nos convenció *La del molino*.

Ni *La danza de Salomé*.

Ni *La noche azul*.

Nos gustó Luisa Rodrigo en la obra de Lara.

Nos gustó Carlota Paisano en la de Martín.

Nos gustó Eugenia Zuffoli en la Zarzuela.

¡Hemos tenido tanto gusto!

José L. MAYRAL

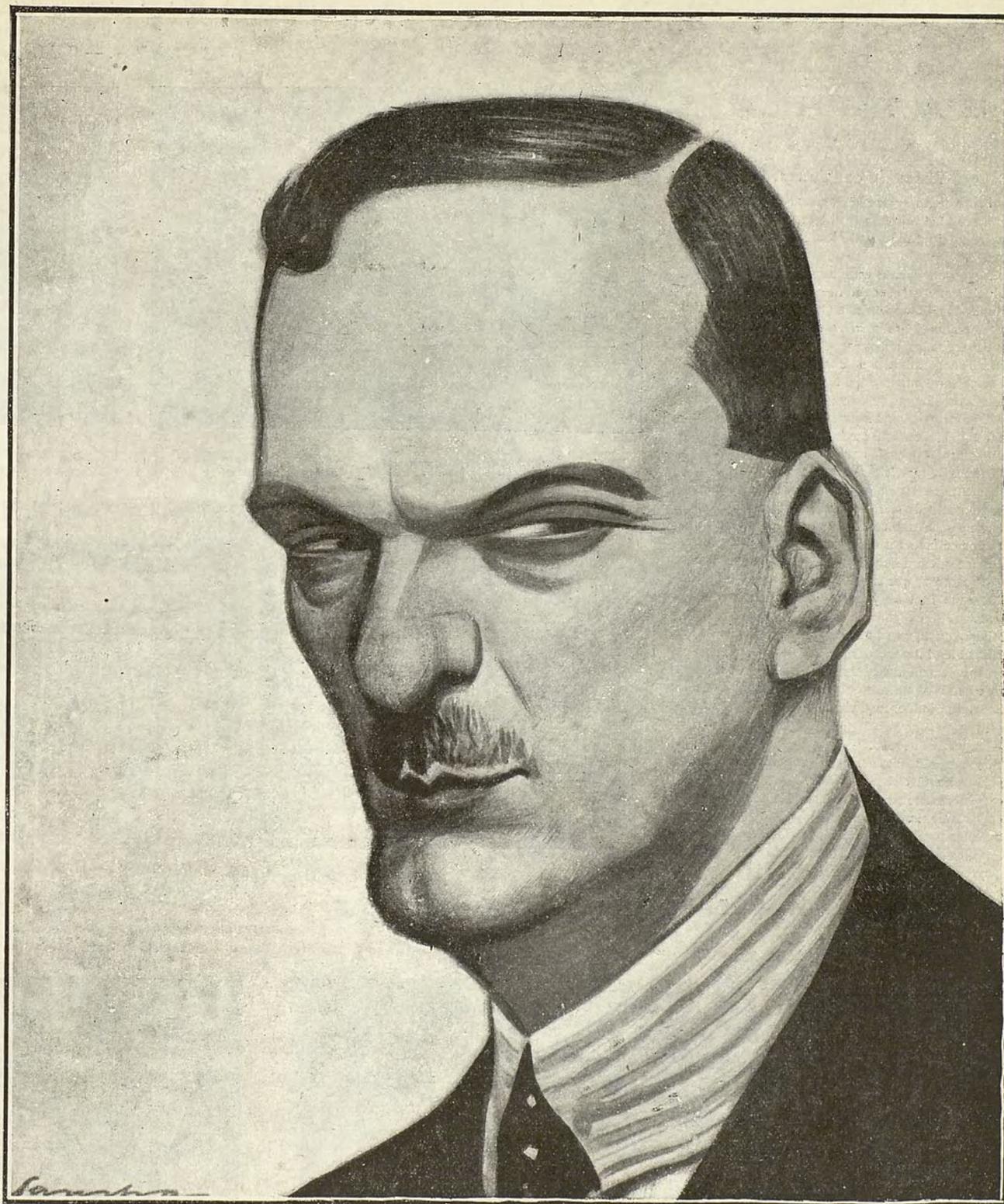


CAZA MAYOR

Dib. DURÁN. — El Escorial.

— ¿Por qué ha matado usted a esa parejita?
— Pues... ¡por que estaban hechos unos tórtolos!

NUESTROS PINTORES



JULIO ROMERO DE TORRES, por Sancha.

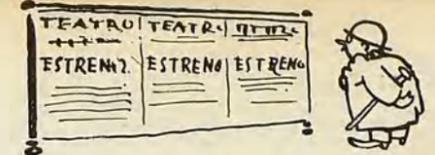
Media España conoce a Julio Romero por sus cuadros, y la otra media por los cuplés de Edmond de Bries.



LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

POR ROBEDANO Y LÓPEZ RUBIO

ESLAVA. — "EL AMOR NO SE RÍE", de Felipe Sassone.



BATERÍA

ESLAVA

Visita de confianza.

En *El amor no se ríe* hemos sentido como pocas veces la realidad suprema en el teatro, por obra y gracia del diálogo fluido y de los buenos actores de Eslava.

Quizás porque hemos estado en butaca de orquesta, y sabido es que esta localidad es, después de la silla del apuntador, la más próxima a los actores, que nos permite apoyar el brazo sobre el mismo escenario y hasta llevarnos las lámparas eléctricas de la batería, nos hemos encontrado *tan dentro* de la escena.

Es como si, al entrar en el teatro, al entregar la entrada al acomodador, pasásemos tarjeta y entrásemos de rondón en la casa donde somos la visita de confianza, ante la que no se recatan los que la habitan de presentarse tal cuales son, sin los fingimientos y afectaciones de las visitas de cumplido.

Así, sentimos lo embarazoso que resulta encontrarse en medio de terribles cuestiones familiares, en las que no sabe uno cómo intervenir, y también nos alegramos cuando los de la casa están todos contentos. Parece que todo aquello que en la escena ocurre va con nosotros, que los cómicos son amigos nuestros de toda la vida y que nada nos es extraño o enojoso.

¡Con qué gusto entra uno en las casas ajenas de las comedias bien interpretadas!

Son las comedias que desearíamos ver dos y tres veces, como si al salir, en el mismo descansillo de la escalera, nos hubiesen dicho los de la casa cordialmente:

— Que vuelva usted...

Y nosotros, sin engañarnos ni engañar, es más corriente que contestáramos:

— Sí; volveremos un día de éstos. Hemos pasado un rato agradabilísimo con ustedes.

No sabemos ni nos toca decir si la comedia, como comedia, es buena o mala. Como visita de confianza nos parece excelente. No necesitamos más.



ACTO I — Pero ¿qué te pasa a ti, hija de mi corazón? — ¡Se ha perdido Bel Ami, y me da una congestión!

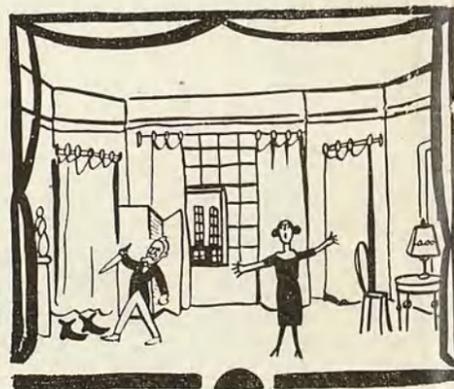


ACTO II — Aquí tiene su perrito, le he cuidado con esmero, el pobre estaba malito. — ¿Y los honorarios? — Cero.



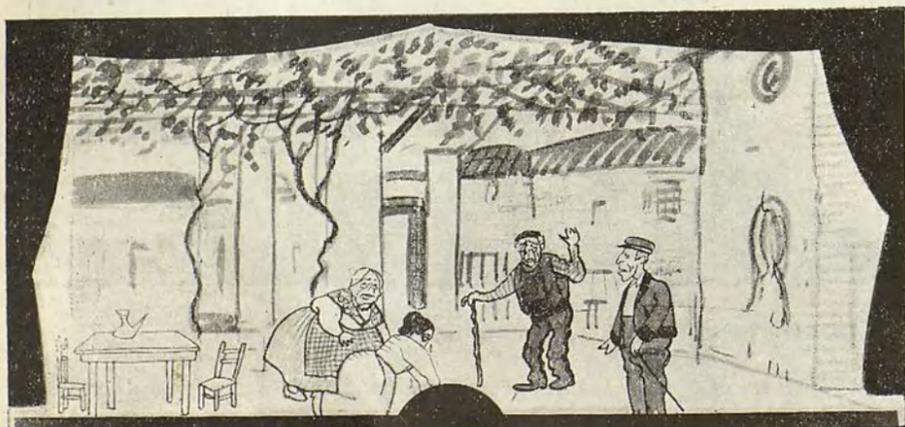
ACTO III — Pide la mano a papá, aunque él de ti no se fie; que yo me quedo llorando, porque El amor no se ríe.

FUENCARRAL. — "PARÍS-LYÓN-MEDITERRANEO", de Montepín, Burgos y Linares Becerra.

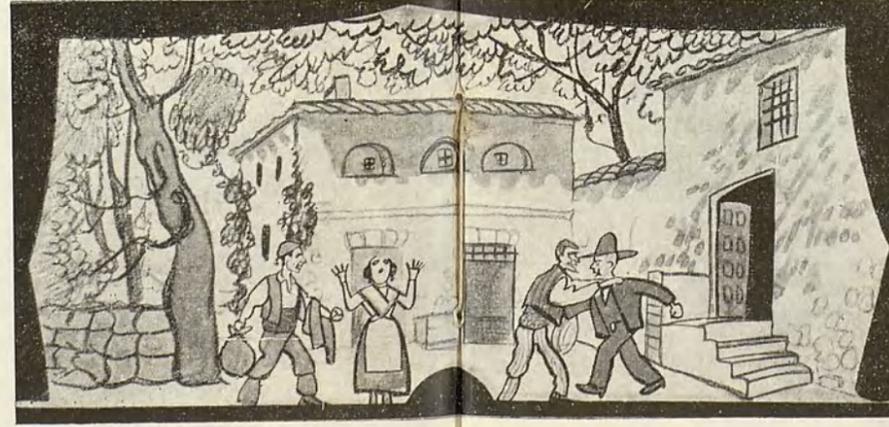


Conato de ahogo. — Un crimen frustrado. — Luego un automóvil que ha sido incendiado. La casa hecha cisco por una explosión. — (Rambal hace un hombre de buen corazón.) Quedan veinte cosas, todas de emoción, — y al final de todo descende el telón.

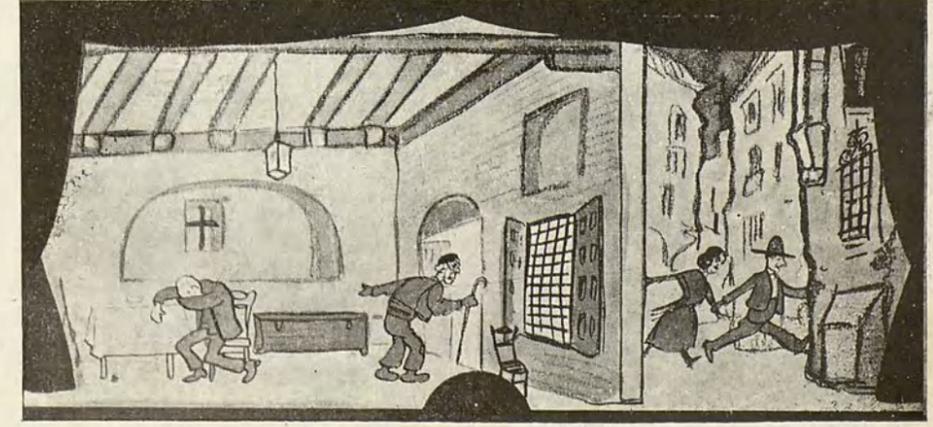
LARA. — "LA DEL MOLINO", de Paradas y Jiménez.



ACTO I — ¡Infame, mala mujer! Sólo por ti sufro yo! Mi hijo ha fallecido ayer, cansado de padecer, allá en don Fernando Poo.



ACTO II — Si yo me voy, a ésta inmoló y de dolor la asesino; pero me voy al molino... porque yo me entiendo solo, y porque meé el camino.



ACTO III — El amo, casado hoy, está curda y no despeja; y entretanto, el otro noy le tira a Cruz un rentoi y vanse por la calleja.

LOS ÉXITOS TEATRALES
 "LOS CELOS DE LA CELES"
 O
 DINERO Y ECONOMÍA SON LA MEJOR LOTERÍA"

Un fragmento del saladisimo tercer cuadro del casi sainete en dos actos, original de Luis Candela y Ernesto Nieto, música del maestro Francisco Alonso, que se ha estrenado recientemente en Martín, con estupendo éxito.

SEÑA JESUSA (va a la cacharrería y mira adentro). — Pero ¿es que aquí no hay nadie?

ALAMBIQUE. — Estoy yo al cuidao. ¿Qué quie usted, señá Jesusa?

SEÑA JESUSA. — Una botella de lejía.

ALAMBIQUE. — El caso es que no puedo entrar.

SEÑA JESUSA. — ¿No l'han dejao al cuidao?

ALAMBIQUE. — Sí, señora; pero también tengo que echar un ojo a la botica.

SEÑA JESUSA. — Entonces, me voy.

ALAMBIQUE. — No, eso no, señá Jesusa. Entre y coja lo que quiera; usted es de confianza.

SEÑA JESUSA. — Pues voy por la lejía. (Entra en la cacharrería.)

PACA (saliendo y dirigiéndose a la botica). — ¡Buenos días!

ALAMBIQUE. — ¿Dónde vas, pimpollo?

PACA. — A ver esta receta.

ALAMBIQUE. — ¿Te corre mucha prisa?

PACA. — Mucha.

ALAMBIQUE. — El caso es que en este momento no puedo despacharte.

PACA. — Iré a otro lao.

ALAMBIQUE. — No; eso no. Trae p'acá. (Coge la receta y lee.) Tú sabes leer, ¿verdá?

PACA. — ¡Ay, hijo! ¡Ya lo creol!

ALAMBIQUE. — Pues mira, entras, y... ¿Has traído alguna botella?

PACA (enseñando una que trae oculta bajo el mantón). — Esta.

ALAMBIQUE. — ¡Muy bien!... Pues mira, entras, y a la derecha hay unos estantes con unos frascos...



El maestro Alonso.

SEÑA JESUSA (saliendo de la cacharrería). — ¡Pero oye, tül... ¿Dónde tie la lejía la señá Celes?

ALAMBIQUE. — Debajo del mostrador, a la izquierda. (A Paca.) Decíamos que a la derecha...

SEÑA JESUSA (que se disponía a entrar en la cacharrería, volviéndose). — ¿En qué quedamos?

ALAMBIQUE. — No es a usted, mujer; usted es a la derecha y esta a la izquierda... Digo, no; al revés.

SEÑA JESUSA. — Pues cualquiera te entiende.

ALAMBIQUE (aparte). — Me estoy haciendo un lío. (A la señá Jesusa.) Usted es a la izquierda... Eso es.

SEÑA JESUSA (entrando en la cacharrería). — A la izquierda.

ALAMBIQUE (a Paca). — Y tú, a la derecha, verás unos frascos. De uno que pone «Carbonato de magnesia» (Leyendo la receta.), cuatro gramos. (A Paca.) Echas como si estuvieras friendo huevos y echases sal; echas cuatro huevos..., digo, cuatro veces. (El lo hace.)

PACA. — Sigue.

ALAMBIQUE (lee). — «Agua de azahar, cien gramos.» (A Paca.) En el mismo estante hay un frasco con arsénico. De ése, no; ni le mires, ¿sabes?

PACA. — Si no le miro, ¿cómo le voy a ver?

ALAMBIQUE. — He querido decir, que no le toques. De uno que hay al lao, azul, que es el azahar, echas un chorro; una cosa así: glu, glu, glu, glu. (Lee.) «Jarabe de ruibarbo, treinta gramos.» (A Paca.) El ruibarbo está dentro; también tie su letrero. De éste echas otro chorrito como la metá del anterior; una cosa así: glu, glu. Too esto lo echas en la botella.

PACA. — ¿Na más?

ALAMBIQUE. — Sí, espera. (Leyendo la

receta.) «Agua destilada, doscientos.» (A Paca.) Luego verás un botijo, y echas como unos cuatro dedos de agua.

PACA. — Está bien.

ALAMBIQUE. — Lo que te resulte lo zarandeas un buen rato. (Paca entra en la botica al tiempo que sale de la cacharrería la señá Jesusa.)

SEÑA JESUSA. — ¡Oye, tül! Qu'he buscao la lejía hasta debajo de la cama y no la he encontrao.

ALAMBIQUE. — ¿Ha dicho usted lejía?

SEÑA JESUSA. — ¡Me parece que sí!

ALAMBIQUE. — ¿Y no l'ha encontrao usted?

SEÑA JESUSA. — ¡Me parece que no!

ALAMBIQUE. — Pues llévase usted un estropajo d'esos d'última novedá, que too es pa la limpieza.

SEÑA JESUSA. — Luego volveré, cuando esté la señá Celes. (Hace mutis.)

ALAMBIQUE. — Mia qu'es fea; la verdá es que don León se merece que le caiga la lotería.

PACA (que sale de la botica agitando la botella que contiene la medicina). — Ya está esto.

ALAMBIQUE (cogiendo la botella con grandes precauciones, como si se tratase de una materia explosiva). — ¡A ver! ¡A ver! (Acercándose a la botella a la nariz con verdadero temor y haciendo una transición, mostrando extrañeza.) Pues mira, no huele muy mal.

PACA. — Bueno; ¿qué te debo?

ALAMBIQUE. — No sé qué ponerte... ¿Pa quién es esto?

PACA. — Pa un niño d'once meses.

ALAMBIQUE (aparte). — ¡Pobre creatural (A Paca.) Pues mira, le dices a su madre, que si le sienta bien, que te regale lo que quiera, porque tú lo has hecho.

PACA. — Pero ¿y si se muere?

ALAMBIQUE. — Si se muere..., ¡que Dios l'haiga perdonao!... Anda, hija.

PACA. — Pues adiós, y gracias. (Mutis.)

ALAMBIQUE. — ¿Qué veo? Don León y la señá Celes... Voy a esconderme, no les estropee el idilio. (Se esconde.)



Luis Candela.



Ernesto Nieto.

EL DESAFÍO

Verdaderamente, él no se daba exacta cuenta de lo que le venía sucediendo.

Jamás, en sus treinta noviembreros de existencia, le ocurrió nada semejante, y Gabriel Salillas, que era más observador que un astrónomo, había llegado — a fuerza de estudiarse — al lamentable convencimiento de que no podía hacer la instrucción en el ejército de los hombres valerosos. Salillas veía con una claridad de arco voltaico que en punto a debilidad su espíritu necesitaba un reconstituyente, es decir, y para acabar de una vez: en lo hondo de su corazón Gabriel tenía almacenada una cobardía casi gallinácea.

Hasta cumplir los veinte años Salillas perdía el equilibrio a la sola vista de una navaja; si le mostraban un revólver, sufría un hipo espasmódico que solía durarle de treinta a treinta y nueve horas, y cuando asistía a alguna bronca callejera, se privaba de una forma, que no le ganaba a privaciones ni un asceta de la Tebaida. Los nervios le declaraban el *lock-out* ante cualquier emoción trágica, de tal manera, que una noche, viendo representar a Enriqueto Rambal el acto del incendio del *París-Lyón-Mediterráneo*, dió un alarido en fa bemo, y hecho un verdadero churro neurótico escapó por la primera puerta que halló al paso. Por cierto que el público, pensando que aquello era también de la obra, le ovacionó el mutis largamente.

Pues bien: hacía una semana que Gabriel Salillas había dado una vuelta casi circense: su timidez antigua se trocó por un arrojo temerario, y sus anteriores cobardías habíanse cambiado por unos valores que exigían la caja de caudales con doble cerradura.

Se ha dicho que él mismo no se daba exacta cuenta de lo que le venía sucediendo; una noche se sumergió en el lecho tal como había sido siempre, y a la siguiente mañana se irguió hecho un caballero de la tabla circular.

Y nada más salir a la calle le ocurrió la extraordinaria aventura que va a relatarle.

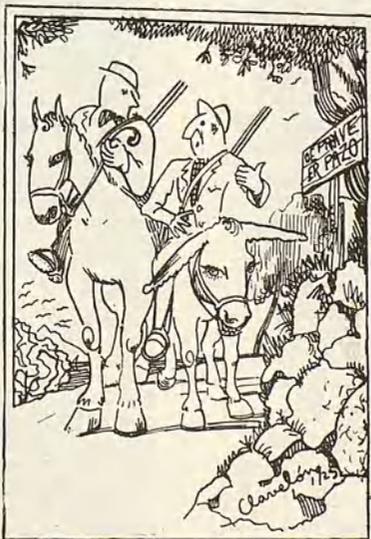
Gabriel pisó el adoquinado de su rúa con una altivez merovingia, tomando el planeta como cosa propia. A los dos pasos le sacudió un bastonazo a un pomerania que se le metió entre los pies, y dejó al bicho como para catalogarlo en el Museo Arqueológico; dos metros más allá le derribó el pedido a un ultramarinero que le rozó el flexible con la cesta, y cinco minutos después sumió en un estado comatoso, por medio de un *crochet* en la mandíbula, a cierto manguero que le había goteado los botines color de café, porque él no consentía que en el café le pusiesen gotas.

Y fué en la calle de Alcalá donde surgió el desafío. ¡El desafío, lector! Un

malabarista del circo Americano caminaba tranquilamente, haciendo molinetes con su bastón, a fin de entrenarse para la función de la tarde: era Fernandoff, el célebre Fernandoff, a quien todos habréis visto en la pista malabareando con un sofá, una báscula Toledo y un ejemplar de *La reina Calafia*. Fernandoff tuvo la desgracia de atizarle a Gabriel, con la puntera del bastón, en la esclerótica del ojo izquierdo. Nunca lo hubiera hecho. Salillas, en su nuevo aspecto de fiera de la manigua, dió un salto de jaguar, se abalanzó hacia el malabarista, y si no se lo quitan de las manos, se aumenta la producción de tapioca en España.

La cosa, por el momento, quedó en aquello nada más; pero reintegrado a su mansión, Gabriel comprendió que tenía que desafiar a aquel hombre o quedaba más feo que un troglodita. Enviarle la tarjeta le parecía expuesto, porque a lo mejor el malabarista era un guasón y la utilizaba para llevarse de cualquier tienda una alfombra de peluche diciendo que pasasen la factura al señor cuyas señas indicaba la tarjeta. Salillas decidió, pues, mandarle un guante. El caballero Bayardo no habría hecho otra cosa.

En la historia de los desafíos el guante tenía una importancia decisiva. Pero como Gabriel no poseía esta clase de prendas, porque los guantes, los mecheros automáticos y las gambas eran cosas que no acababan de entusiasmar-



Dib. CLAVELÓN. — Málaga.

— Oye, largo de aquí a galope tendido.

— ¿Por...?

— Porque se prohíbe el paso...

le, se lanzó a las guanterías en busca de objeto desafiador.

Cinco duros le costaron unas quirotecas Varadé, con triples costuras, tejido gamucino, forros almohadados y escape libre, que eran una verdadera orgía en el escalafón de fundas digitales.

Y rápidamente Salillas empaquetó el guante izquierdo y se lo envió a Fernandoff. Antes había escrito en el guante esta sentencia rotundamente medieval: «Yo llevo la ofensa, acéptala tú.» El guante, así ilustrado, insultaba insultante y feroz. Gabriel sonrió satisfecho.

Pasaron ocho días, durante los cuales Salillas se ejercitó en la esgrima y en el manejo de la pistola, y llegó a dominar aquellas armas de un modo asombroso; con la pistola hacía maravillas: de diez balazos consecutivos agujereaba diez *confettis*, y con la espada ejecutaba locuras, una de las cuales consistía en vendarse los ojos y de dos cintarazos mondar un cacahuete.

Fernandoff no contestaba al desafío; a Gabriel le extrañaba aquel silencio de cripta, y dándole vueltas al cerebelo para explicárselo, pensó que el malabarista no habría recibido acaso el guante trágico.

Entonces decidió renovar el envío: cogió el guante derecho, que conservaba en naftalina, y lo mandó a Fernandoff, con esta inscripción, más terrible que la primera y mucho más personal: «Es usted más idiota que un ídolo pamú, y yo pongo en duda la exactitud de su partida de nacimiento.»

Por si acaso, Salillas siguió entrenándose en la espada y la pistola, porque no se le ocultaba que, si el malabarista no le partía el cráneo con una llave británica, era porque iba a subdividirle en partículas para hacer un *puzzle*.

Cuatro días después fué al circo Americano a apreciar visualmente el coraje que debía embargar a Fernandoff.

Y vió cómo el malabarista ejecutaba tranquilamente su trabajo con los dos guantes puestos.

Luego oyó decir a una estupenda dama que se hallaba a su derecha, refiriéndose a Fernandoff:

— Lo que más me gusta de ese hombre es la elegancia con que viste.

Y la hermosa, dirigiéndose a Gabriel, añadió:

— ¿Ha visto usted, caballero, qué preciosidad de guantes luce hoy?

Salillas abandonó el circo llorando desconsoladamente. Se reconocía incapaz de luchar contra el destino. El no había nacido para valiente. Al llegar a la calle del Carmen, el dependiente de una guantería le pegó un trastazo en la región maxilar izquierda con el palo de bajar los cierres metálicos.

Gabriel se detuvo y le sonrió dulcemente.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

ALREDEDOR DEL MUNDO

CURIOSIDADES Y RAREZAS

I

En un manicomio de Leipzig hay un loco rematadísimo que toca la guitarra con una perfección asombrosa.

Pero su demencia es tan atroz y tan contagiosa, que, desde que él está loco, la guitarra está tocada.

Y hay más: las seis cuerdas del instrumento han dejado de ser cuerdas y están imbéciles perdidas.

II

Hay en España una encantadora población que se llama Rota.

Es decir, que se llama lo mismo que la levita de Weyler.

III

Entre las más famosas erratas que se han deslizado en todas las imprentas del mundo, figura en primera línea la que se le escapó a un periódico hablando de la genial artista Loreto Prado y

de su inspirado compañero y maestro de esgrima Enrique Chicote.

El periódico, ante el asombro de sus lectores, se permitió decir que se preparaba el *début* de la compañía de Chicote y de Lorito.

IV

En el teatro de Eslava se representa actualmente una obra, que quiere ser humorística, y que se titula *El amor no se rie*.

Y nosotros hemos averiguado una cosa: que el público no se rie tampoco.

V

En la dentición de los niños hay fenómenos muy curiosos. Criaturas ha habido que han echado los dientes de manera tardía, y niños que han nacido ya con uno o dos. Luis XIV y Mirabeau nacieron con un diente, como ustedes habrán oído alguna vez. En cambio, Romanos no había echado las muelas hasta el día 13 del pasado septiembre, que las

echó, como ustedes también habrán oído, de un modo fulminante y furibundo.

VI

La banda municipal de Madrid ensaya a toda prisa una obra musical que no le habían permitido ejecutar hasta ahora, por la oposición de algunos concejales del antiguo Ayuntamiento.

Es la jota de los ratas.

VII

La Cierva ha sido siempre partidario de la prohibición del juego.

Sabemos de buena tinta que no ha puesto jamás un duro a la ruleta, que no se ha arriesgado en el treinta y cuarenta, y que en su vida ha tirado al monte.

Y no nos extraña que La Cierva no haya tirado al monte, porque tenemos idea de que es la cabra la que tiene costumbre de hacer eso.

NÉSTOR O. LOPE



Dib. ROYO. — Madrid.

— ¡Qué tiempos, doña Isidoral... ¿Sabe usted de lo que me he enterado?

— ¿...?

— ¡Pues que hasta el nuevo curita va un día sí y otro no a la barbería...



Dib. BELLÓN. — Madrid.

UNO. — Sí, eso me han dicho, chico... Que Ugenio s'ahogó en la bodega del señor Manuel en una tinaja de tinto.

OTRO. — ¡Claro! Siempre he dicho que el tabernero echaba mucha agua al vino.

DIVAGACIONES CIENTÍFICAS

EL DESDÉN BRITÁNICO Y LA TONTERÍA UNIVERSAL

Conviene que vayamos proporcionando a nuestros contemporáneos documentación gráfica que ilustre. La ilustración está en razón inversa de los ilustradores; pero no puede seguir así.

Comencemos hoy por este estudio fisonómico del desdén, tal y como han podido recogerlo del natural varios dibujantes ingleses.

Nadie como ellos con mejor material de observación a mano: las inglesas despectivas son insuperables en el género por inglesas y por feas.

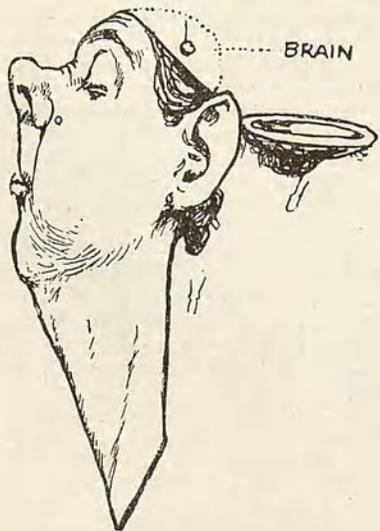
También, por solteronas.

Estudiemos.

Hay un orgullo nacional que se comunica a los nacionales, en más o menos cantidad, según que la cabeza del sujeto esté más o menos huera. Los que tienen la cabeza vacía ofrecen mucho espacio disponible, y cuando los humos se les suben a la cabeza, es enorme la cantidad de humos que almacenan. Los que, en cambio, tienen ya convenientemente repleto el piso alto, no tienen ya local donde la humareda se les quede.

Pues bueno: los acaparadores de vacío patrio suelen dedicarse a dar la vuelta al mundo para poder ejercitar su exclusiva aptitud: la de mirar por encima del hombro al extranjero.

Con un billete circular, un libro guía — colorado antes de la guerra, después de otro color — donde se les diga lo que es bueno, marchan, llegan, abren el libro, comprueban que la maravilla enésima del mundo es el edificio de la derecha y no el de la izquierda, y vuel-



W. Heath Robinson nos indica el sitio del cerebro donde se localiza el origen de que la paciente haya tomado en la vida esa elevadísima actitud.

ven la espalda, creyéndose ya desde aquel punto tan enésimo maravillosos como la maravilla misma y sus parientes.

Este orgullo nacional cristaliza en todas partes adquiriendo formas específicas y variadas. La más conocida y exagerada — aunque también la más ingenua — corresponde a los norteamericanos con su *The best of the world*, «Lo mejor del mundo», es suyo. No hay manera de que nadie tenga frío sin que el patriota exclame: «Para frío, en Norteamérica.» Por fuerza tienen que morir en Nueva York de insolación, cuando llega el verano, más personas que en ninguna parte del mundo, y por fuerza



Yorik ha dibujado un tipo de señora desdenosa que no se digna mirar a nadie.

todo en Nueva York — los borrachos los incendios, las catástrofes y hasta los eclipses de Sol — tiene que ser insuperable. Como los Estados, unidos o por separado, son magníficos, tiene que sentirse magnífico también el último Pérez o el último Smith de los Estados, aunque no haya hecho nunca nada más que observar la ley Seca, o infringirla, matar moscas con esos abanicos metálicos que U. S. A. tiene fabricados al efecto, o poner los pies en la mesa del despacho.

Con eso de que la estatua de la Libertad esté «iluminando al mundo», resulta que los nacidos a su pie llegan a tomar literalmente la metáfora y se figuran que los antípodas leen por la noche el periódico a la luz de la antorcha americana.

El engreimiento patrio se sostiene en un silogismo sencillísimo: «Mi patria es grande; yo soy de mi patria, luego yo soy inmenso.» Esta arrogancia, común a todos los que salen de su patria pen-



Hassall ha dibujado un tipo de señora desdenosa que mira a todo el mundo... de ese modo.

sando que a ellos les corresponde toda la grandeza de aquélla, debe darse en el inglés con más fuerza que en nadie, porque, en efecto, porque, aparte de muchos otros motivos para ello, la nación británica es una nación imperial, y la condición de imperial hace siempre que los ocupantes miren forzosamente de alto abajo al transeúnte.

Si la condición de imperial inglesa se vincula en esas damas de muchas libras esterlinas y pocas libras de carne, resulta que la altivez patria se acrecienta por el empeño natural de ponerse huecas, a fin de compensar, inflándose, en lo moral la falta de abultamiento físico que la Naturaleza les negó. Las señoras flacas inglesas siguen en esto la ley general de su nación. Inglaterra, como sabemos, tiene un exiguo territorio natural; de ahí que haya buscado a toda costa la expansión colonial por todo el mundo. Por eso también sus damas, de exiguo territorio, se inflan y pasean su inflación artificial por todas partes.

Hasta ahora la altivez que procede de estas causas no tiene gravedad. Puede una dama ser flaca y ser bellísima; se puede ser alto y ser admirable. Inglaterra es maestra en gravedad y altiveces señoriles. Ella nos dió el *gentleman*; ella nos dió después el *dandy*, su derivación de excelente; y ella, por fin — cuando quiso aplicar al *gentleman* el *humour* —, nos dió el *clown*. Tres creaciones señoriles, altivas y admirables.

Pero el fenómeno se complica y adquiere gravedad cuando recae en las inglesas feas y, por añadidura, solterona



Lawson Wood presenta a la desdeñosa en el momento de contestar a un pretendiente: «¡Se necesita atrevimiento!» (Creemos lo mismo.)

Entonces la altivez se alía con la escama. Estas personas suelen tener, pues, en la oreja la mosca de que se van a quedar toda la vida en situación de isla británica, sin pasar nunca a situación de continente; y en vista de que no queda otro remedio, se deciden a convertir la fatalidad en jactancia, y quieren hacernos creer que andan solas por el mundo porque no quieren compañía. Se acuerdan de Robinsón, y diciendo «¡Somos Robinsones!, ¡no nos hace falta nadie!», acaban por persuadirse a sí mismas de que su aislamiento isleño se debe a su poderío inexpugnable. Y esto, sí; esto es ya francamente serio.

Los ingleses, con su gran talento práctico, suelen pensionar a estas señoras para que se vayan a dar vueltas por el mundo. De ahí que veamos, en las revistas de por allá, tantas inglesas bellísimas; y en las turistas de por acá, tantas... menos bellas.

Los dibujantes ingleses han dado, como se ve, la voz de alarma. Esperamos que los dibujantes españoles vayan descubriendo con igual probidad y talento los rasgos fisonómicos análogos de los correspondientes tipos españoles. El gesto no será el mismo; pero el fenómeno, el fenómeno es universal. En diciendo «a darse tono», nos ponemos a tono todo el mundo.

MANUEL ABRIL

EL AUTOMÓVIL

A los diez minutos de arrancar, cuando iríamos a treinta kilómetros por hora, lo más, sobre aquella carretera en línea recta y lisa como la palma de la mano, cogí del brazo a mi amigo Justiniano, que conducía, y le dije:

— ¡No seas imprudente!... ¡Tu audacia puede costarnos cara!...

Sonrió desdeñosamente y nada respondió; pero yo adiviné la alegría que mi extemporáneo aviso había producido en su espíritu, porque, queriendo amedrentarme, pisó con fuerza el acelerador.

Con ello, la velocidad media que llevábamos experimentó un sensible aumento.

No me asustaba tampoco éste, sino que, por el contrario, causábame un vivo regocijo.

Consecuente, sin embargo, con la política de halago iniciada unos minutos antes, dije:

— ¡Cuidado, Justiniano, cuidado!...

Y añadí fingiéndome enfadado por su indiferencia:

— ¡Eres un bárbaro!...

En ciertos momentos un insulto puede ser considerado como un elogio: así sucedió en aquel caso. El rostro del *chauffeur* reflejó bien a las claras la interior satisfacción que le poseía, y el acelerador, rudamente castigado, produjo un nuevo aumento. Corrimos, entonces, a sesenta por hora.

Y Justiniano comenzó a hablarme de su tema favorito:

— Este coche es americano... ¡Sencillamente maravilloso! Fíjate: a diario, igual al mío se construyen en las fábricas de los Estados Unidos ¡cuatrocientos! ¿Tú te imaginas lo que son cuatrocientos coches?

— Sí; una burrada — afirmé convencido.

Acaso en buena lógica presentase dificultades de aceptación mi rotunda respuesta; pero a Justiniano le satisfizo.

— Adjuntos a los talleres de construcción — proseguí — hay otros de reparación, donde van a parar todos los que se estropean. ¿Qué estupendo, eh?

— Estupendo — repuse convencido.

— Así, que tú mandas el chasis y ellos te ponen la carrocería, y a la inversa.

— ¡Oh, eso es magnífico, sencillamente magnífico! — exclamé hipócritamente entusiasmado.

— No lo sabes bien — me contestó Justiniano, que con absoluta indiferencia acababa de enviar al paraíso a una pobre gallina.

Callamos.

Yo quería ir más de prisa.

Por eso dije:

— Justiniano, no corras tanto, vamos a matarnos!

Y, claro, de los sesenta llegamos a los cien kilómetros por hora en el breve espacio de cincuenta segundos.

Y fué al poco rato de este brusco cambio cuando, más bruscamente todavía, un viraje inoportuno o mal calculado nos hizo visitar la tapia de una heredada.

Como es de rúbrica en tan tristes situaciones, salimos los dos por la delantera violentamente despedidos al infinito.

Yo vi en el aire a Justiniano, preocupadísimo, buscando un sitio cómodo en el que caer, con sus gafas colgadas de la oreja derecha y la corbata flameante, como bandera en día de fiesta nacional...

Y sucedió que, junto el uno del otro, fuimos a sentarnos sobre una zarzamora, que por obra de la fatalidad florecía a escasa distancia del camino.

Múltiples pinchos, vulnerando persistentemente nuestras nalgas, nos hicieron recobrar la serenidad perdida.

Levantándonos recorrimos con la mirada los miembros de nuestra humanidad, en minucioso análisis, por si acaso en el trayecto se había perdido alguno de ellos.

Y dichosamente convencidos de que estábamos intactos, tras una efusiva oración de gracias a la Providencia, marchamos en busca del coche.

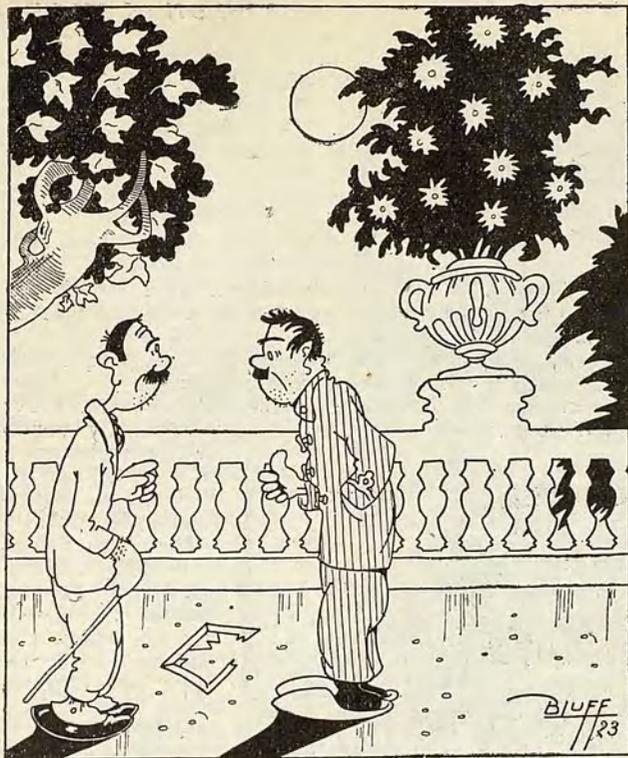
Yo vi por el suelo un pedazo de la capota y un centímetro de la goma de los neumáticos. El resto estaba semiincrustado en la tapia elegantemente saltada por nosotros minutos antes a impulsos de la inercia.

— Lástima de coche — dije yo viéndole inservible —. ¡Nunca nos dió un disgusto!... ¡Le quería como si fuese mío! — este último pensamiento lo retracté en seguida —. Y de él, ¿qué es lo que queda?... ¡Nada!... ¡Oh vanidad, vanidad!...

Pero Justiniano, sonriente, gozoso, vino hacia mí:

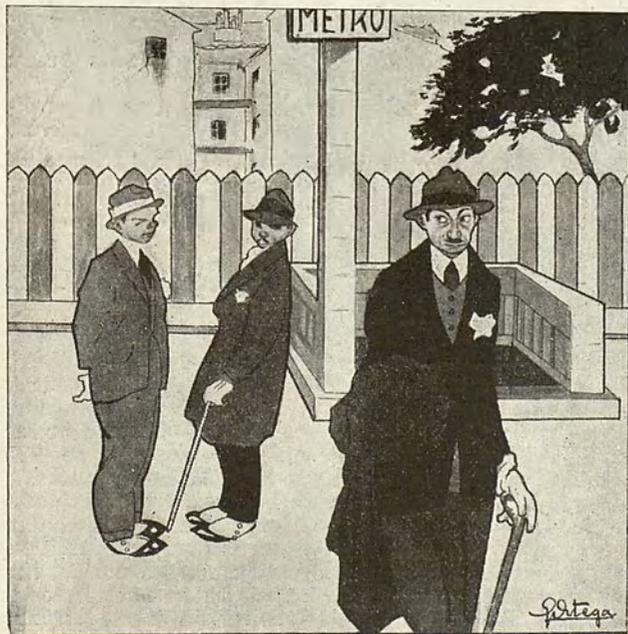
— No te preocupes — me dijo —. De aquí las ventajas de esta marca. ¿Ves esto? — y me mostró el negro cuero, parte infinitesimal restante de la capota —. ¿Ves esto? Pues lo envías a América, y te hacen todo el automóvil.

JOAQUÍN CALVO SOTELO



Dib. BLUFF. — Madrid.

— Me disponía a afeitarme, cuando observé que estaba el espejo algo sucio. Me indigné, y le pegué tal puntapié, que, ¡bueno!, el marco, como puedes ver, está por los suelos; pero fijate dónde está la luna.



Dib. ORTEGA. — Madrid.

— ¡Pues no está poco tonto desde que es autor!...
 — Pero ¿estrena algo?
 — Sí debe de estrenar, porque cada día le veo con traje diferente.



Dib. CHESK. — Madrid.

EL PERRITO. — ¡Con qué alegría mueve la cola el pobrecito!... También la movería yo si me sacasen de un agua tan fría.



LOS INGENUOS

Dib. GORI. — Valencia.

EL DEL PICO LARGO. — Oye, tú, mira aquel pájaro sin pluma. ¡Qué raro!

EL DEL PICO MENOS LARGO. — ¿Raro?... ¡Estará en la muda!...

LOS HUMORISTAS POR DENTRO

SANCHA

CON su tipo inconfundible, que para sí lo quisieran más de un par de *pares* de los auténticos, y que envidia causara a algún que otro lord y a varios comunes de la mismísima Cámara, Sancha, en el propio Londres, como en Madrid y en cualquiera otra parte, parece inglés. Pero de lo mejor...

Antes de ir a Londres, ya se usufructuaba ese aspecto, acen-tuado ahora — alto, enjuto, rubio, de ojos muy azules, correcto siempre y serio al pronto, cotidianamente rasurado con esmero —, de hijo de la rubia doña Albión...

Y en el mismísimo Trafalgar Square, en el Picadilly Street, recién llegado todavía, se la pegó a más de un hijito de la Gran... Bretaña. Que no era extraño ver cómo se le acercaban, creyéndole más compatriota que Lloyd George, algún que otro inglés, en demanda del lugar de una calle, de una plaza, de la más próxima estación del Metro... Sancha, ciertamente que apenas sabía decir *The Times* a cualquier dama que se tropezara en su camino; pero su natural amabilidad le movía a contestar como podía a cuantas preguntas se le hicieron siempre. Esto es, extendiendo indefectiblemente el brazo en cualquier sentido... Y me ha dicho que tiene el presentimiento de que siempre acertó. Porque jamás volvió nadie a pedirle explicaciones...

Ahora bien: en cuanto habla, ya no ofrece dudas. Es más malagueño que Bergamín...

— Salí de Málaga — me decía el otro día — muy joven y con muchos dibujos. Aquí recorrí todos los periódicos ilustrados que había: dos o tres... Y empecé a colaborar en ellos. Por cierto, que mi primer dibujo se publicó en *La Revista Moderna*, con un artículo elogiosísimo para mí. Me deslumbró el artículo. Fui a cobrar el original... del dibujo, y me dieron ¡tres pesetas!... Me quedé frío. El artículo hablando de mí, terminaba de este modo: «Sancha empieza por donde todos acaban...» «¡Sí que es un porvenir brillante el que me espera!»,

pensé. Y compadecí a los que acababan... En el *Madrid Cómico* no me pagaron ni tres pesetas por un montón de dibujos...

Sonríe, pero por puro compromiso, sin duda, porque mal-dita la gracia que tiene la cosa; y prosiguió:

— Entonces decidí irme a París. Llegué bien. Mientras tuve unos francos viví en la rue de Campagne Premier, y cuando se me acabaron, a la rue Delambre. Bueno. ¡Hay coincidencias fatales!...

Hizo otra pausa.

— Volví a Málaga. Me dieron un banquete, por volver, y a poco estuvo el que yo lo devolviera... Pero me resigné. Y al final no lo devolví.

— ¿Y luego?...

— Luego volví a Madrid... Un día fui al Escorial, y allí, una tardecita de excursión, nació mi idilio, y nacieron luego, como consecuencia, mis cinco hijos primeros...

— ¿Qué me dice usted más de su vida?

— Que es una línea intermitente. Yo muero todas las noches y renazco todas las mañanas. Puede usted decir que:

Desnudo nací,
desnudo me hallo (1).
ni pierdo
ni gano.

Con tanto chico, no es extraño que el artista apenas gane.

— Usted debe ser muy padrazo — le decimos entonces.

— Le diré: mis hijos son muy buenos. Pero yo tengo un sistema pedagógico muy divertido. Consiste en dejarles hacer lo que quieran... Yo los quiero mucho. Son muy guapos. Esto no lo digo yo. Pero lo he oído decir a muchas señoritas que vienen a mi estudio. «¡Ay, Sancha, qué chicos tan preciosos tiene usted!... Todos con los ojos azules. ¡Y cómo se parecen a usted!» Esto tampoco lo digo yo, ¿eh?... Me lo dicen. Y...

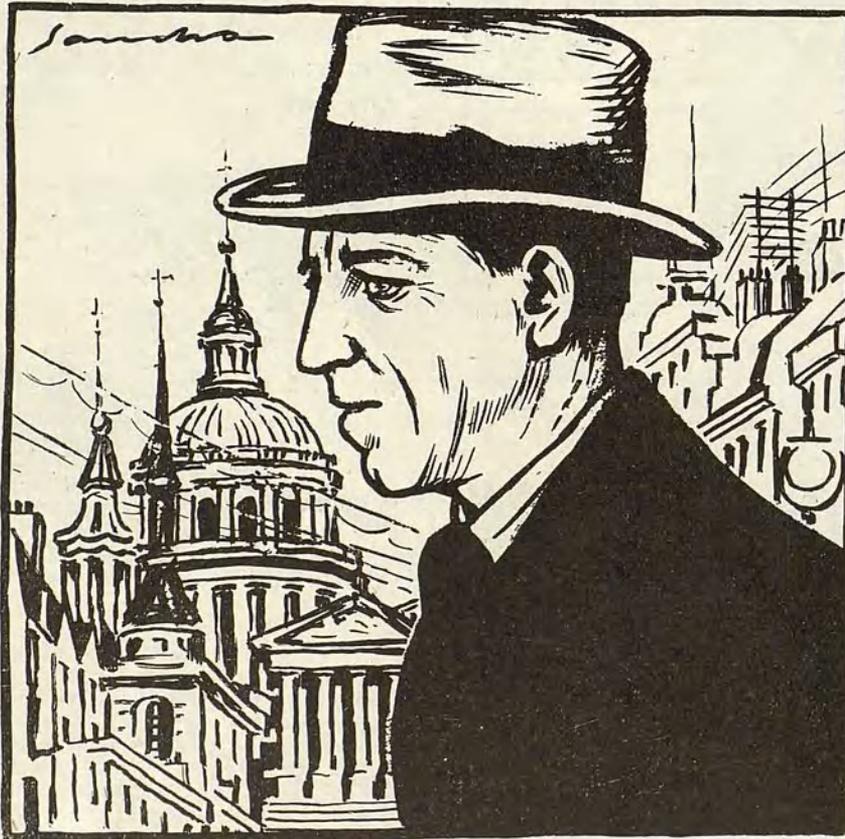
— ¿Qué dice usted?

— Pues que eso me lo dirán en casa, pero no en la calle...

— ¿Da usted clase a sus chicos?

— No; todo eso de los números, y líneas, y adverbios, y

(1) Esto es en metáfora. Que conste.



In the City of London.

Autocaricatura de Sancha.

conjunciones, me es muy complicado y difícil. Yo, no. No sé apenas sumar, ni cómo hay que poner ese garabatito que se coloca antes y después de las preguntas. Si el primero para arriba, o no. Siempre me equivoco. Y eso que lo hago al contrario de como me creo que es... Pero salgo de paseo con mis hijos. Con todos, a veces. Vamos por ahí, muy seriecitos, reunidos por afinidades. El mayor, conmigo; la mayor, con unos y otros. No sabe lo que quiere. Claro. ¡Es mujer!

Hubo una pausa.

— ¿Le gusta a usted ser pintor?

— Esa pregunta me la hizo un día un hijo mío, y le tuve que decir que «Regular...» Conque ya lo sabe. Y no puedo ahora desdecirme. Perdería autoridad...

— ¿Le divierten mucho sus chicos?

— Sí, señor. Soy un amigo para ellos. ¡Por eso, a veces me veo en cada compromiso... Hoy mismo, el más pequeño, me ha preguntado que por qué son cinco... ¡Usted me dirá!... Y que de dónde salen los perros...

Pausa.

Una sonrisa suave, esa sonrisa que pliega constantemente los labios de Sancha, y que es la mayor y más patente prueba de su aristocracia espiritual, se acentúa en el rostro del dibujante angloespañol al pronunciar aquellas palabras picarescas.



Sancha posando ante el objetivo en Trafalgar Square.

— ¿Ha dado usted clases de dibujo?

— Sí, señor. En Londres di lecciones al Infante don Jaime. Es muy listo. Se fija en todo. Un día me dijo: «Oye, Sancha, ¿tienes más trajes? Siempre te veo con el mismo...» «Alteza — le contesté —, tengo cinco.» «¿Por qué no te los pones?» — me preguntó — «Porque los otros cuatro — le repliqué entonces — se los ponen mis hijos...»

Pasa un silencio triste, que el mismo Sancha es incapaz de vencer con su verbo humorístico, y pregunto entonces al dibujante de los cinco trajes distintos:

— Diga, Sancha, ¿qué entiende usted por humorismo?

— Humorismo es el instinto de conservación en el alma enferma de gravedad. Vencido el artista por el hombre, su única venganza es reírse de él...

— ¿Ha sentido usted vacilaciones alguna vez?

— Delante del lienzo blanco, nítido, muchas veces. Esto de empezar una tela es siempre terrible. ¡A mí me da penal... ¡Es tan bonita limpia!... ¿A qué cambiar las cosas de forma, cuando ya tienen una?... ¿No le parece?

Pienso en esto, no en el que es un artista, sino en algunos gloriosos compañeros suyos, y le digo:

— ¡Tiene usted razón!...

E. ESTÉVEZ-ORTEGA

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL PROMETIDO DE AURELIA, por Mark Twain

Lo que voy a relatar se halla consignado en una carta que me dirige cierta dama residente en San José. No conozco a la autora de la carta, que está firmada con el nombre de Aurelia María, lo que bien pudiera ser un seudónimo.

Según puedo colegir por la simple lectura del documento, la joven Aurelia ha sufrido mucho en este mundo, y además se encuentra sin saber qué hacer en un momento decisivo de su vida. Desea contraer matrimonio; pero, de una parte, se lo impiden los consejos más o menos interesados de amigos y parien-

tes, y de otra, dificultades de un género nuevo en absoluto.

A pesar de todo, insiste en casarse, y creyendo que mi opinión ha de sacarle del apuro, me escribe de un modo que conmueve.

Sabed, pues, la triste historia de la pobre Aurelia.

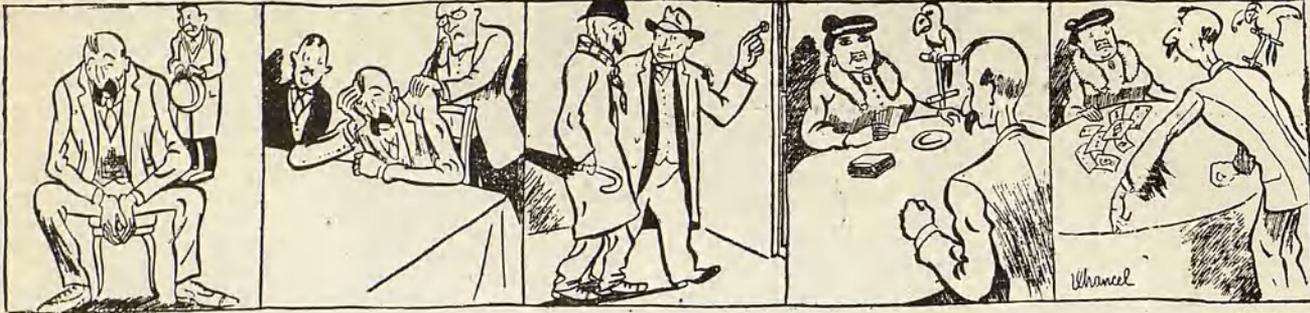
Acababa de cumplir diez y seis años, cuando se encontró en su camino a un guapo chico de Nueva Jersey, llamado Williamson Breckinridge Caruthers. Le vió y le amó con el ardor de que es capaz un corazón meridional, teniendo la suerte de ser correspondida. Juraron ser el uno del otro, con el asentimiento de sus respectivas familias, y fueron felices durante algún tiempo. De improviso, cambió la faz de la fortuna. El bello Caruthers fué atacado por la destructora vi-

ruela negra. Cuando recobró la salud, su cara parecía un plano en relieve de las Montañas Rocosas. ¡Desventurado Williamson!... ¡Su belleza había desaparecido!...

Aurelia pensó en un principio romper su compromiso; mas llevada de compasión, se limitó a aplazar la boda unos meses, dejando al pobre Caruthers tranquilo y lleno de ilusiones.

La víspera del día fijado para el matrimonio, Breckinridge, que contemplaba distraídamente el vuelo de un cometa, cayó en un pozo y se rompió una pierna, que hubo que amputarle por encima de la rodilla.

Por segunda vez intentó Aurelia libertarse de la palabra empeñada; pero, no obstante, volvió a triunfar el amor, y quedó en suspenso la boda hasta que



Después de la muerte de su mujer, monsieur Ludovic de Clavignac cayó en una honda melancolía...

(De CHANCEL, en *Excelsior*, de París.)

Ni el tiempo transcurrido, ni la cariñosa compañía de sus buenos amigos, eran capaces de hacerle sonreír...

Agotados todos los argumentos, y antes de abandonar a su negro destino, un viejo camarada le propuso visitar a una sonámbula, amiga suya.

Ludovic constató, no sin gran trabajo, y una vez en presencia de la amable pitonisa, — ¿Quere usted hablar con su señora? — le propuso ella.

— Sí — respondió Ludovic —. Haga el favor de preguntarle dónde ha metido mis calzoncillos de lana, que no los encuentro por ninguna parte.

Williamson estuviera completamente restablecido.

Nuevo infortunio no más leve que los anteriores impidió la celebración del enlace en la fecha fijada. Hallábase Caruthers presenciando las salvas de artillería, conmemorativas de la independencia americana, cuando el disparo imprevisto de un cañón le arrebató un brazo. Tres meses después llevábase el otro, entre sus estrias, la rueda de una máquina cardadora. Al saber Aurelia esta serie de desgracias, creyó morir de desesperación. Afligiase al ver que su prometido la iba abandonando pedazo tras pedazo, y pensaba que, de seguir tal sistema de reducción, muy pronto no quedaría gran cosa de Williamson, pues ella carecía de medios para detenerle en el funesto camino emprendido.

En su hondo padecer llegaba casi a lamentar, como el negociante que se obstina en seguir una empresa y pierde cada vez más dinero, el no haber aceptado a Breckinridge antes de que hubiera padecido tan alarmante disminución. Sobrepúsose el afecto, decidiendo por fin Aurelia hacer frente a toda costa a las deplorables condiciones de su prometido.

De nuevo se aproximó el día de la boda, y de nuevo se amontonaron las nubes de la desilusión. El incorregible Caruthers enfermó de erisipela y perdió completamente el ojo derecho. Aurelia fué aconsejada en el sentido de romper su compromiso matrimonial; pero ella reflexionó unos instantes y declaró que, después de todo, no daba Breckinridge ningún motivo de censura. En consecuencia, se aplazó la boda, y en el in-

termedio, Caruthers se rompió la otra pierna.

Fué un día terrible para la generosa Aurelia aquél en que vio a los médicos llevarse en el saco el cuarto pedazo de Williamson. Lloró como una Magdalena pensando en que, de día en día, iba reduciéndose la esfera de sus afectos; pero con tenacidad de mártir resistióse a las súplicas familiares, y reiteró a Breckinridge su palabra de casamiento.

Pocos días antes de la boda ocurrió la última desdicha. En todo el año sólo hubo un hombre que cayese en las manos de los feroces indios Owen River: aquel hombre fué Williamson Breckinridge Caruthers, de Nueva Jersey. El infortunado amante acudía a casa de su prometida entregado a dulces ensueños de amor, cuando le cazaron las pieles rojas y le mondaron el cráneo. Los crueles coleccionistas de cabelleras dejaron la cabeza de Caruthers como un queso de bola.

Tal es la situación del prometido de Aurelia en la actualidad. La abnegada muchacha continúa queriéndolo, a pesar de todo, y de aquí que me consulte.

«¿Qué debo hacer? — dice al final de su estimable carta. — Yo amo a Williamson, o al menos, a lo que queda de Williamson. Mi familia se opone con todas sus fuerzas a este matrimonio, porque mi novio, tras de hallarse imposibilitado para ganar el pan, es más pobre aún que yo, y yo no sé lo que son cinco dólares reunidos. Ruego a usted que me saque de estas angustiosas dudas. En espera», etc.

Contestar categóricamente a una pregunta de esa naturaleza es algo más difícil de lo que parece. Se trata de dar

una respuesta clara, terminante, sin ambigüedades. Va en ello la suerte y quizás la vida de una mujer y de casi las dos terceras partes de un hombre. A mi juicio, fuera asumir enorme responsabilidad contestar con una indicación vaga y con sólo el deseo egoísta de salir del paso.

Vamos a ver: ¿costaría mucho la reconstrucción completa de Breckinridge? Porque, de ser cosa económica, podíamos intentar algo en ese sentido, destinando parte de mis ahorros a la compra de dos brazos, dos piernas, una peluca y un ojo de cristal, con destino al buen Williamson. Creo que todos saldríamos ganando algo: él quedaría muy presentable, la novia muy contenta, y yo muy satisfecho de haber contribuido a su felicidad.

Hecha la reconstrucción, que conceda mi comunicante a su adorado un plazo improrrogable de noventa días, con objeto de que se habitúe al uso de sus nuevas adquisiciones; y si en ese término Breckinridge no se deja los sesos en alguna parte, que se casen.

Suponiendo que se hayan ustedes casado al ocurrir esta catástrofe, heredará usted, por derecho propio, las piernas, los brazos y otras fruslerías del difunto. Entonces, en realidad, sólo perdería usted el último trozo de un marido honrado y desgraciadísimo, que dedicó su vida a satisfacer incomprensibles deseos de destrucción.

Saque usted el mejor partido de las circunstancias, y piense que quizás esté la felicidad conyugal en que uno de los consortes se encuentre como Breckinridge.

A. R. H.

BUEN HUMOR se halla a la venta, en Barcelona, en los quioscos de la Sociedad General Española de Librería

Lo que cambian los tiempos.

(Cántese con música de ¡Mi hombre!)

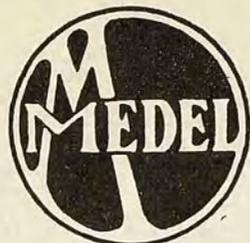
Antes de usar Sanolán no podía comer nada, comer nada, y vivía chupando del bote de leche condensada, condensada.

Comer en el Ritz resultaba para mí una entele-entelequia, [quia, y de rabia pensaba en tirarme de cabeza a una acequia, a una acequia.

ESTRIBILLO

Antes de usar Sanolán, trin, tran, trin, tran, no comía más que flan, trin, tran, trin, tran, y ahora me como un caimán si me lo dan con pan.

Pues me dijo un tal Luján, trin, tran, trin, tran, que era de San Sebastián, trin, tran, trin, tran, por cuatro cuartos te dan un tubo de Sanolán. ¡Úsalo, que es un gran plan!



GRAN VÍA, 18

Juguetes. — Coches de niño.

COMPROBADO COMPARÁNDOLA

LA ORTOGRAFÍA MARTÍNEZ MIER, sexta edición, 453 páginas, resuelve toda duda escritura, puntuación, pronunciación. Ninguna mejor.



BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Conilás de Lassa. Madrid. — No sirve.

El Europeo Negro. Madrid. — El tonto del torrao no tiene solución. Escribir obsequios por obsequios con tanta insistencia, si la tiene: estudiar gramática.

J. M. G. Caravaca. — Pero, hombre de Dios, ¿a quién se le ocurre largarnos un soneto en alejandrinos que comienza nada menos que así:

«¿Te acuerdas? Fué una noche ideal, maravillosa, — llena de luna, cuando fui a tu lado; — fué un momento de vida para mi alma amorosa, — aquel dulce momento de amor inesperado.»

¡Vamos, para que le pelen al cero, por cursi y por ramplón!

J. M. J. Sevilla. — Son muchas las cosas que tenemos que contestar

Chistes míos y de ustedes

Para epílogo de este libro, el más gracioso del mundo, verdadero libro de la Patria, se premiarán con 150 pesetas 10 chistes. Enviad chistes a «La Prensa», Carmen, 18, Madrid.

siempre, y, como usted comprenderá, no podemos dedicar a correspondencia más espacio del que dedicamos. No se impacienta. ¡Si supiese los montones de original que tenemos en la Redacción, no encontraría extraño que pase dos o tres semanas sin contestación! ¿Está claro? Bueno.

Cap. Larache. — ¡Qué penal! Podía usted haber colocado esos cuadrillos en el comedor de su casa, y hubieran hecho muy buen papel. A nosotros no nos sirven para nada. Hemos rechazado los dibujos siguientes:

Seis de Ramón Madrid y Ars; cinco de Buendía, Aroca, Pachín y Echevarría; cuatro de Oñi y Huguet; tres de Eza, Mondéjar, Eolik, Brocona, Vicer y Conde; dos de E. M. Y., Baró, Udohro, Pardo, Romangás, Martínez, Chiqui, Enciso, Pando, Garcíalez, Carámbano, Echeárriz, Siquier y Alfre; uno de Jogonsá, P. Kin, Calavia, Santugnini, Bergatía, Villaseca, Chus, J. C. M., Calcedo, Agese, J. Martínez, Merino, Fernández, Weyssar, González, Eguía, David,

BUEN HUMOR

admite anuncios económicos del presente tamaño a

Diez PESETAS INSERCIÓN

Pos Kam, Cabello, Chuli, Araújo, Paf., Se-na, Olcer, X. K., Godínez, Caracacá, G. Medina, Enrique, Recatero, Camacho, Thinta, Anilom, A. B., Gómez García, J. J. H., Ripollés, Chiqui y Lapidra.

Clavelón. Málaga. — Con muy buen acuerdo, hemos echado al cesto su fantasma titulada Como Apolo, quedó solo.

J. Z. «Neptuno». — No sirven. Mandobles. Bilbao. — ¿Dice usted mandobles? ¡No, hombre, cosquillas nada más!

Bulle-Bulle. Dar Drius. — Poco cómico.

L. M. «Indostán». Sevilla. — J. M. G. Madrid. — No sirven sus engendros, no, señores...

¡Qué le hemos de hacer!

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA CORONA

vale mucho y cuesta poco.

Modelo de oficina:
550 pesetas, al contado.

También a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el sexto cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del taller y del amateur. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cuaderno. Suscripción: trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18, Madrid. Suscripción y venta en todas las librerías.

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuál es el colmo de un judío?
— Llevar un duro en el bolsillo, y, con tal de llevarle, no importarle que tenga la gracia de Dios.

Victoria. — Madrid.

Entre amigos.
— Chico, vengo del sastre, y me cobra doscientas pesetas por un corte.
— Si; está la vida muy cara... Pero no creas, acabo yo de adquirir otro por muchísimo menos.

— ¿Dónde?...
EL OTRO (enseñándole la barba). — Mira, uno..., por cincuenta y cinco céntimos.

F. Núñez. — Madrid.

Un recadico.
Estando enfermo un carpintero, sus aprendices perdieron una sierra, y fué tal el enojo de éste, que casi murió de repente.

Pocos días después estaba en la agonía otro vecino, y sabiéndolo la

*Esa tan espantosa
le atosiga y le cohibe;
pero curará si usa
el sin par Jarabe Orive.*

carpintera, se fué a hablar con él y le dijo:

— Oye, mira, Clemente, en cuanto llegues al cielo, vas a hacerme el favor de ir a mi Carmelino que no esté con cudiao por la sierra, porque la hemos encontrao debajo del banco.

José Echevarría.

— ¿Cuál es el colmo de un cazador?
— Hacer blanco a un negro.

Piedad Otaola. — Madrid.

En la escuela.
PROFESOR. — Veo, señores discípulos, que me han comprendido perfectamente. Ya saben ustedes lo que es un carnero y para qué sirve la lana.

Vamos a ver, Pepito, ¿de qué están hechos tus pantalones?
DISCÍPULO. — De una levita vieja de papá.

Siul. — Madrid.

— ¿Qué diferencia hay entre los focos del circo Americano y el público durante una función?
— Que los focos están encendidos y el público ha pagado.

El Pelusilla.

El parroquiano, mostrando un duro:
— ¡Camarero!... ¡Cobre!...
EL CAMARERO (examinando la moneda). — ¡Plomo, señor, plomo!

M. Conde. — Madrid.

En un baile.
Entra en el restaurante una elegantísima mujer acompañada de un pollo bien.

— Camarero — dice éste —, traiga usted una copa de coñac a escape para esta señorita, que se ha puesto mala.

— No — dice la joven —, que traiga una botella. ¡Estoy mucho más grave de lo que usted se figura!

J. S. G. — Huelva.

Sale el criado a la calle a desempeñar una comisión que su amo le ha dado, y vuelve, al cabo de dos horas, completamente borracho.

— ¿Qué ha sido eso? — le pregunta el amo.

— Pues nada, señor; al salir me he encontrado con uno de mi tierra.

— Y ¿de dónde es usted?
— ¡De Madrid!

Kiki. — Málaga.

— ¿En qué se parece el problema de las subsistencias a un chisme de Albacete?

— En que na-baja

— ¿En qué se diferencia «Hay que ver, hay que ver» de un crimen por venganza. ¡(Caray!)

— En que el crimen es por odio y «Hay que ver...» es par-odia

¡¡¡O ..!e!!!

— ¿Por qué a los maleteros no se les puede engañar?
— Porque son gente de mucho mudo.

Henri-Pargran. — Avilés.

AMADOR
— FOTÓGRAFO —
PUERTA DEL SOL, 13

Hablábase de edades, y preguntaron a un sujeto cuántos años tenía.

— Yo, treinta y cinco — dijo —. ¿Y usted?

— Cuarenta; soy el más viejo.

— Ahora sí; pero de aquí a cinco años tendremos la misma edad.

Saturno. — Madrid.

En el circo.
— Mira, papá, qué fuerza tiene ese hombre, cómo puede con esa señora y esos niños.

— Hijo, no hace más que lo debido: sostener a la familia.

Masto. — Madrid.

— ¿En qué se parece el matrimonio en España a la parte permanente del Senado?

— En que, por ahora, es indisoluble.

Facundo. — Madrid.

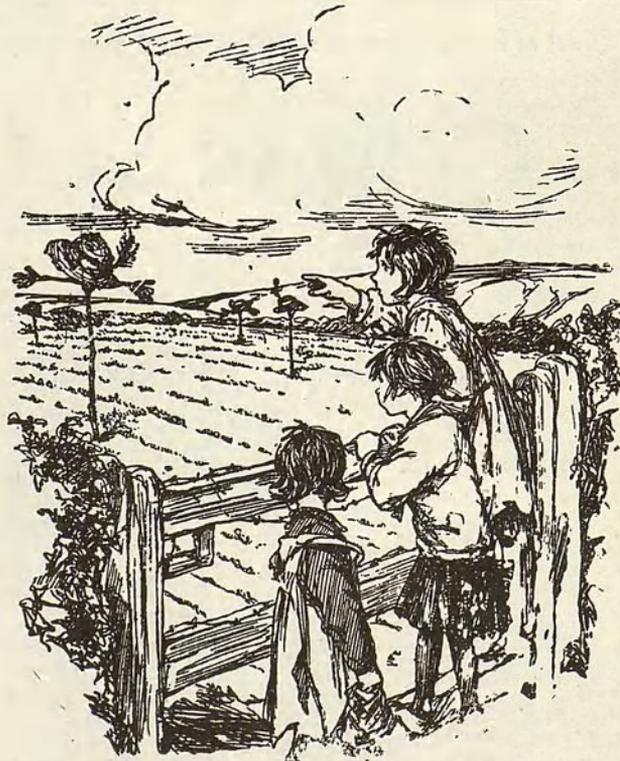
— ¿Cuál es el colmo de un lechero miope?

— Echar agua en la leche para poder verla claramente.

Masto. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **René, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



EL ETERNO FEMENINO

(Del Punch, de Londres.)

— Ese modelo no me gusta.
— Es una forma pasada de moda.

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE
Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría
de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía
Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

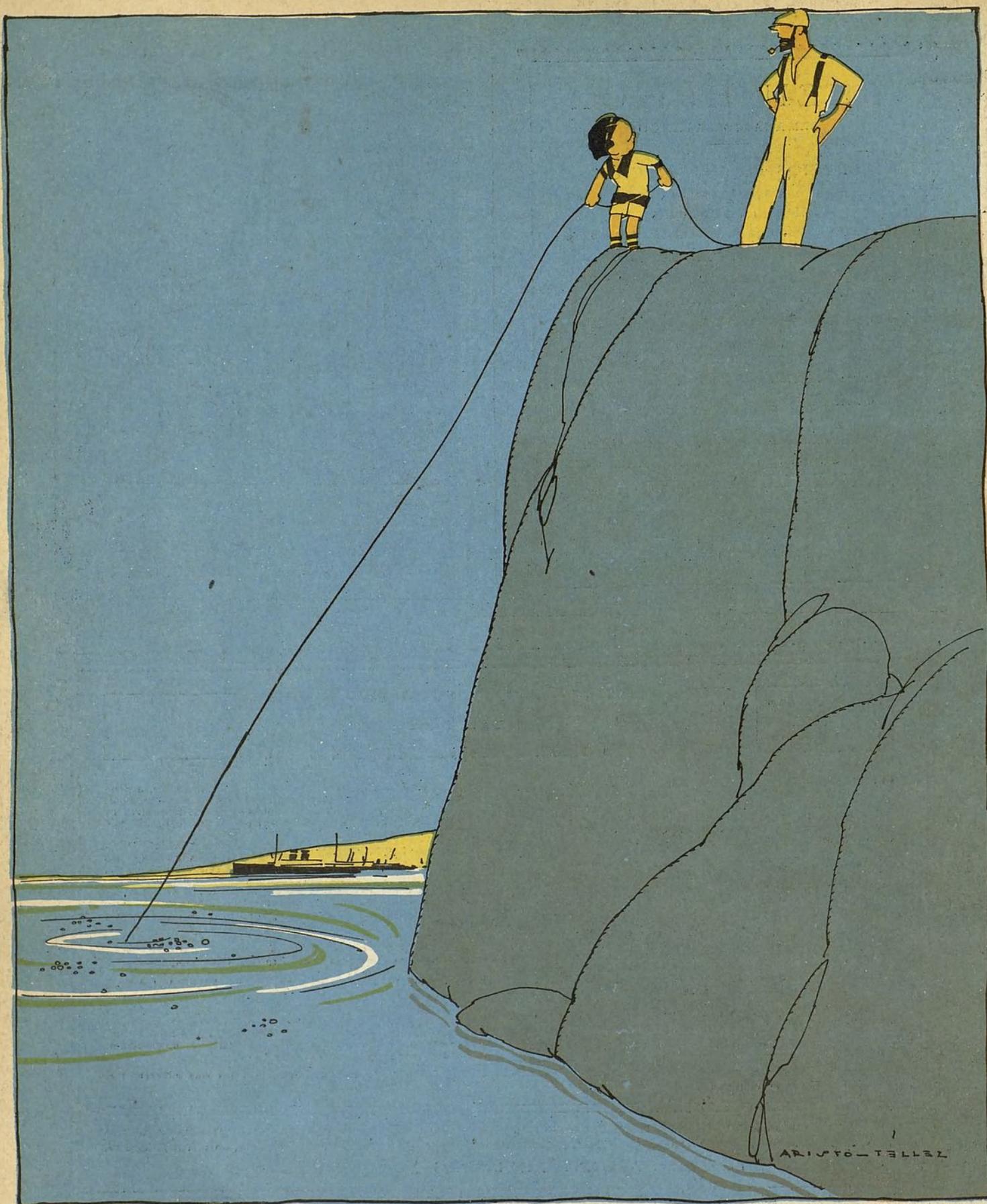
Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfina y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Réy, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. ARISTO-TÉLLEZ.—Madrid.

—¿Qué haces tú aquí?

—Nada, señor. Que he mandado a mi hermanito a coger cangrejos.
Ayuntamiento de Madrid